

ENCRUCIJADA CÓSMICA

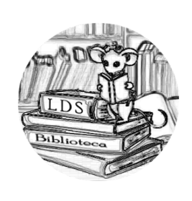
LAW SPACE

Como cada noche, cuando llegaba el momento de abandonar el laboratorio, Stanley Larson experimentaba la misma sensación de soledad, el mismo hondo despecho, la misma intolerable desesperanza.

Y no era que tuviese un motivo directo y concreto para hundirse de aquella manera en un pozo de angustia horrible; pero no podía hacerlo de otro modo.

La esencia misma de su timidez era como un acicate malsano que le empujase hacia ello. Por otra parte y cuando consideraba las cosas desde un punto de vista lógico, debía rendirse a la evidencia y tratarse de mil cosas despreciables.

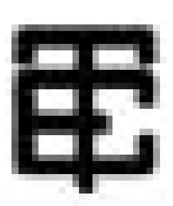
Sin embargo…



Law Space

Encrucijada cósmica

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 257



ePub r1.0
LDS 01.01.19

Título original: *Encrucijada cósmica*
Law Space, 1961
Cubierta: Manuel Brea
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




ENCRUCIJADA
CÓSMICA

CAPÍTULO PRIMERO

omo cada noche, cuando llegaba el momento de abandonar el laboratorio, Stanley Larson experimentaba la misma sensación de soledad, el mismo hondo despecho, la misma intolerable desesperanza.

Y no era que tuviese un motivo directo y concreto para hundirse de aquella manera en un pozo de angustia horrible; pero no podía hacerlo de otro modo.

La esencia misma de su timidez era como un acicate malsano que le empujase hacia ello. Por otra parte y cuando consideraba las cosas desde un punto de vista lógico, debía rendirse a la evidencia y tratarse de mil cosas despreciables.

Sin embargo…

Mientras trabajaba allí, junto a «ella», pudiendo seguir sus movimientos gráciles, contemplar, aunque no fuese más que de soslayo, su rostro hermoso y escuchar sus palabras y su risa, el mundo le parecía bien hecho y ordenado, al tiempo que la

esperanza latía en él con una fuerza maravillosa.

Era después, a medida que la hora de salir se acercaba, cuando pensaba que ella, junto a su padre, iban a abandonar el laboratorio y que deberían pasar muchísimas horas para que la volviese a ver.

Aquellas horas le hacían estremecer de celos.

Porque, por mucho que intentaba decirse que la muchacha volvería a casa, junto al profesor y que pasarían indudablemente la velada allí, ante la televisión, en espera de la hora de acostarse no podía impedir el que raras y malsanas ideas se introdujesen en su mente, poblándola de temores infundados, pero que poseían la misma fuerza que les hubiese proporcionado la más real de las certezas.

Mil veces había estado dispuesto a decirle algo, a manifestarle la pasión que sentía por ella. Pero jamás se atrevió.

Y no era que su timidez residiese en que se consideraba poca cosa; no. Poseía una idea clara de su valor personal, de su posición dentro del equipo del profesor Wilke y no padecía de una falsa modestia que hubiese aumentado su timidez.

Mas todo su arrojo personal, su valor hacia los experimentos más peligrosos, su decisión científica, mil veces comprobada, se fundía, como la nieve ante el sol estival, en cuanto esbozaba un gesto hacia la muchacha.

Incluso, desde que se había enamorado de ella, su mentalidad había cambiado profundamente, su carácter se había agriado y ya no era el mismo, sobre todo cuando se encontraba fuera del laboratorio, paseando por las calles de la ciudad.

Hasta había empezado a beber.

Al principio trató de encontrar un paliativo al dolor interno que experimentaba; pero, después, la dosis fue aumentando a medida que intentaba apagar, fuera como fuese, aquel fuego destructivo que le estaba consumiendo sin piedad.

Así fue como conoció a Charles Hulter.

Nunca hubiera podido encontrar a aquel hombre de no haber visitado las tabernas de los barrios infectos de la ciudad. Pero lo halló allí, en uno de esos locales sombríos en los que los hombres parecen haber dejado de serlo para convertirse en meras sombras, en pálidas apariciones que la luz mortecina apaga aún más y que el alcohol hace brillar de una manera fantasmagórica.

Ahora, cada vez que abandonaba el laboratorio, después de seguir con la mirada al coche del profesor, se dirigía apresuradamente, como si le corriese prisa, hacia el local infecto donde tenía la seguridad de encontrar a su nuevo amigo.

Aquella noche, como todas, hizo lo mismo. Penetró en la taberna y vio, como de costumbre, que Hulter estaba allí, sentado ante una mesa sobre la que había una botella de alcohol, ya empezada, y dos vasos.

Sonrió ante lo prevenido de su amigo, que siempre contaba con su visita. Acercándose a la mesa, se dejó caer en una de las banquetas, frente al otro, mirándole con simpatía.

Charles Hulter era un hombre alto, de anchos hombros y rostro curtido por el sol. Debía frisar en la treintena, pero parecía muchísimo más joven y su rostro no ofrecía la menor huella de una arruga. Tenía una nariz recta, unos labios gruesos y sensuales y unos ojos de color azulado, brillantes y un tanto oblicuos.

Sus manos eran fuertes y lisas, sin vello alguno, y terminaban en unas uñas que parecían haber salido de las manos cuidadosas de una manicura.

Iba elegantemente vestido y siempre muy limpio, con corbatas que jugaban primorosamente con el color de sus impecables camisas.

No fumaba nunca.

Por eso, Stanley encendió un cigarrillo, nada más sentarse, sin ofrecer otro a su amigo y esperando que fuera éste quien rompiese el silencio, cosa que así ocurrió.

—¿Qué tal el día?

Larson echó una bocanada de humo hacia el techo; después dijo, mirando al otro:

—Como siempre.

Charles sonrió.

—No me refiero a tus sufrimientos amorosos, Stanley.

—¿Entonces?

—Hablaba de tus trabajos.

—Muy bien. El profesor sigue en sus trece.

—¿Crees que tiene razón?

Larson se encogió de hombros.

Hubiese deseado hablar de Patricia, de sus lindas manos que

movían cuidadosamente las pinzas y los tubos, de sus ojos que brillaban intensamente, de su voz cantarina cuyos sones zumbaban aún en sus oídos.

Pero estaba visto que su amigo deseaba huir aquella noche de la conversación principal de cada encuentro.

—No lo sé —dijo, después de una pausa—. Sus trabajos se alejan de todo lo que habíamos hecho hasta ahora.

—Es cierto —replicó el otro—. Las investigaciones de vuestro Instituto se centraban ahora en el estudio de la manera de acabar con ciertas plagas de insectos, sirviéndose de otros para destruir a los que hacían daño a los cultivos.

—Así es. Pero ahora todo ha cambiado. No es que hayamos dejado de trabajar en nuestra habitual labor; para eso nos pagan. Pero el profesor se ha metido en la cabeza otra clase de experimentos. Y los hacemos en lo que podríamos llamar «horas libres».

—No pareces muy interesado por esos trabajos.

—¿Tú sí? Nunca creí que te interesase la Entomología…

Charles se encogió de hombros.

—Tengo interés por muchas cosas.

—En realidad, apenas si te conozco. Cuando nos vimos aquí, por primera vez, estabas casi tan borracho como yo.

—Es cierto.

—Hablamos de nuestras penas y me dijiste que tú también sufrías por una mujer… como yo.

—Así es.

—¿Has logrado algo desde entonces?

—No, pero lo conseguiré. Ya te dije que estaba estudiando la manera de que llegase el momento en que ella cayera a mis pies, pidiéndome por favor que la amase.

Larson no pudo evitar una sonrisa.

—¡Es lindo vivir de ilusiones! —exclamó.

—No lo creas. Todas las mujeres son iguales. Y lo que le ocurre a la muchacha que yo pretendo es lo que le pasa a la tuya.

—¿Quieres explicarte mejor?

—Con mucho gusto: una mujer desea siempre conseguir algo más importante o distinto de lo que le rodea. Examinemos tu caso. Patricia es la hija de un célebre profesor y tú no eres más que uno

de sus ayudantes…

—¡Soy el mejor!

—Bien, bien. No te pongas así. Pero aunque seas el mejor, para ella estás muy por debajo de su padre, que es como el límite que ella ha puesto al mínimo de sus ambiciones. ¿Lo entiendes ahora?

—Un poco.

—Esa muchacha mira más alto y puedes estar seguro de que si tú fueses un profesor capaz de enseñar algo a su padre, de demostrarle tu superioridad, ella caería en tus brazos.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no me considero capaz, al menos por el momento, en enseñar algo al profesor Wilke. Podré hacerlo, pero cuando tal cosa ocurra, ella ya estará casada.

—¡Bien razonado!

—¿Entonces?

—Escucha, amigo mío. Ya ves que las premisas de esa ecuación están perfectamente planteadas: o tú superas al ideal de esa muchacha: su padre, o eres vencido por el primer estúpido que se presente.

—¿Qué quieres decir?

—Que si Patricia no encuentra a nadie, en el campo donde se mueve, que sea superior al profesor, caerá en los brazos del primero que resalte en cualquier otra profesión.

—Es cierto.

Hubo un silencio.

Luego Charles dijo, sonriente:

—Sólo te queda hacer algo extraordinario.

—Sí; pero… ¿el qué?

—Ten confianza en mí.

Larson miró intensamente al otro.

—Pero ¿qué puedes hacer tú por mí?

—Ya lo verás. Por el momento, ¿vas a decirme qué clase de trabajos estáis haciendo?

Larson se encogió de hombros en un gesto de desesperanza.

—No comprendo lo que pueda interesarte todo esto —repuso—. Son estudios completamente teóricos, casi filosóficos, sin ninguna importancia práctica y que, además, no nos llevarán jamás a

ninguna parte.

El otro torció el gesto.

—Si no quieres decírmelo, allá tú.

—¡No seas estúpido, muchacho! Claro que te lo voy a decir…, después de todo, ¿qué importancia puede tener?

—Te escucho.

Larson se sirvió un vaso de alcohol, bebiéndoselo de un trago; después, limpiándose la boca con el dorso de la mano, manifestó:

—Está bien. Todo empezó cuando el profesor encontró una larva de hormiga que crecía desmesuradamente.

—¿Por qué?

—Escucha. Estudiamos el caso, llegando a la conclusión de que el animal sufría una carencia de quitina. Ya sabes —añadió, después de una corta pausa— que la quitina es el componente más importante del esqueleto de los insectos. Pero tampoco ignorarás que ese esqueleto es exterior; es decir, que recubre el cuerpo por lo que se llama «exoesqueleto».

—Comprendido.

—La importancia de lo sucedido con aquella larva residía, según el profesor, en la posibilidad de un desarrollo del cuerpo y, sobre todo, en el cerebro del insecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que hasta ahora, el cerebro de los insectos se ha visto limitado de tamaño por las paredes de su esqueleto que han impedido así su desarrollo. De ahí que muchos insectos, relativamente inteligentes y organizados, como las hormigas y las abejas, por ejemplo, no hayan experimentado una evolución considerable.

—De acuerdo.

—Pero ¿qué ocurriría sí esos insectos pudiesen desarrollar sus facultades mentales como nos ha ocurrido a nosotros? Han demostrado ser inteligentes, han sido capaces de organizar su vida, de crear ciudades que son muchísimo más complicadas que las nuestras y, sobre todo, mucho más grandes. Han desencadenado guerras, hecho prisioneros, mantenido cautivos y destruido muchísimas zonas, incluso habitadas por el hombre.

—Es cierto.

—El profesor deseaba estudiar el desarrollo cerebral de esos

animales y para ello consiguió aislar a la larva, cuidándola como a la niña de sus ojos.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que la larva murió al cabo de un par de semanas.

—¿Entonces?

—No lo sé. El profesor está empobreciendo la dieta de quitina en otro grupo de larvas, con la esperanza de llegar a una cifra que impida su muerte. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y ahora que estás enterado de todo, ¿te das cuenta de que no tiene ninguna importancia para lo que estábamos hablando antes?

Charles sonrió.

—Ya veremos —repuso, con una sonrisa misteriosa—. Yo soy tu amigo y haré lo que pueda para que salgas victorioso con esa muchacha a la que quieres.

Los ojos de Larson brillaron intensamente.

—¿De veras?

—Sí. Déjame estudiar el asunto. Es muy posible que pueda convertirte en un sabio célebre y que ella, Patricia, sea la que se acerque a ti, deseando que le digas algo.

—¡Sería maravilloso!

—¿Bebemos otro trago?

* * *

Alta, esbelta, rubia, con unos hermosos ojos azules, Patricia Wilke era una de esas muchachas que no necesitan de afeites ni pintura para demostrar la hermosura de la raza humana.

En aquellos momentos, sonriente, como de costumbre, con esa alegría vital que era como el trasfondo de su juvenil espíritu, empujaba el carrito con el té, dirigiéndose por el alfombrado pasillo hacía el despacho-biblioteca de su padre.

Vio al profesor sentado en su sillón, junto a una mesita sobre la que había un enorme montón de libros, muchos de ellos abiertos.

Arthur Wilke tenía uno en la mano.

Era un hombre de agradable aspecto y la blancura de sus

cabellos ponía una nota de nobleza en su rostro que se realzaba en su alta y amplia frente. Sus cejas hirsutas y de color blanco formaban dos arcos sobre unos ojos grisáceos, pero llenos de vida. Tenía la piel rosada y sana y sus manos eran largas y de dedos afilados como las de un pianista.

Patricia se acercó a él.

Dijo:

—El té, papá.

Levantó la cabeza, mirándola sonriente, feliz de saberla a su lado, llenando el vacío que había dejado, hacía ya mucho tiempo, su esposa.

—Gracias, querida.

—Es muy tarde ya, papá. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Sólo un poco, Pat…

Y señalando el libro, dijo:

—No puedes imaginarte lo que me alegra haber encontrado esto.

—¿Qué es?

—Un libro de un profesor, un tal Telmer que en el siglo pasado intentó algo muy parecido a lo que yo deseo hacer ahora.

—¿Consiguió algo positivo?

—No, pero hay algo extraño en sus escritos. Ven, siéntate a mi lado, Pat. Voy a leerte unos párrafos que te sobrecogerán.

Ella obedeció, olvidando el té, que humeaba suavemente.

El profesor había vuelto a fijar su atención en el libro y después de retroceder algunas páginas, afirmó, con seguridad:

—Aquí es.

Hubo un silencio que la muchacha respetó, esperando que su padre empezase a leer, cosa que el profesor hizo instantes después:

—«… y llevo dos años intentando mantener las larvas sin caparazón…, algunas resisten perfectamente bien y he conseguido mantenerlas así hasta seis semanas; pero después, cuando todo parece marchar a las mil maravillas, mueren y se desecan en pocos momentos…

»Yo creo que se trata de un caso de pérdida de humedad y que tal cosa no pueden soportarla. El esqueleto externo les protege contra la desecación. Por eso he aumentado el grado de humedad en los locales donde tengo las larvas, pero tampoco he conseguido nada.

»La idea de que trabajo contra la Creación me ha asaltado muchas veces y he estado a punto de destruirlo todo y detener mis trabajos. Pero persigo el estudio de lo que el cerebro de estos animales podría alcanzar si su crecimiento no estuviese limitado por el espeso caparazón que lo recubre…».

—¡Deseaba lo mismo que tú, papá!

El profesor sonrió.

—Así es, querida. Este hombre seguía el mismo camino que yo. Sus ideas eran iguales que las mías. Pero escucha lo que dice ahora. Es lo verdaderamente extraño del relato…

Hizo una breve pausa. Luego continuó:

—«Esta mañana he recibido una visita que no esperaba. Se trata de un hombre alto, impecablemente vestido y con acento de extranjero, aunque no he podido fijar bien su origen. Se ha presentado con toda clase de amabilidades y después de cambiar conmigo algunos propósitos intrascendentes ha abordado el problema de mis trabajos…

»Se ha mostrado dispuesto a ayudarme y me ha dicho que podría salvar todas las dificultades que yo había encontrado en mis trabajos. Cuando le he preguntado de qué modo lo haría, me ha contestado que si las larvas morían era, en realidad y tal como había pensado, por una pronta desecación de su delicado organismo.

»Entonces me ha dicho que él podría proporcionarme la sustancia que, evitando esta desecación, podría permitir el crecimiento del cerebro de las hormigas, sin dejar por eso que su cuerpo creciese al mismo tiempo, ya que si, así fuera, la “ley de la proporcionalidad” haría infructuosos mis trabajos.

»Hablaba con claridad y demostraba conocer perfecta y profundamente la Entomología y la Biología. Mientras hablaba, yo le contemplaba detenidamente y fue entonces cuando algo en mi interior me dijo que me encontraba ante un ser diabólico que sólo deseaba mi perdición y la de la Humanidad entera.

»Tal idea penetró tan hondamente en mi alma que tuve la certeza, al despedirle poco después, diciéndole que lo pensaría, de que me había librado de algo horrible y espantoso.

»Cuando se marchó, recordé que no me había dado ningún dato sobre su persona y que sólo me había dicho su nombre al

presentarse.

»Se llamaba Charles Hulter».

Arthur cerró el libro.

—Eso es todo, querida —dijo.

—¡Qué extraño, papá!

—Sí que lo es; pero, de todos modos, has de pensar que el profesor Telmer era un supersticioso y que echó a perder una ocasión única.

Pat preguntó:

—¿Lo crees así?

—Sí, Pat.

—Pero ¿quién era ese hombre?

El profesor dijo:

—No importa quién fuera. Todo menos un diablo como el infeliz de Telmer pensó.

—¿Y cómo se presentó en su casa y supo lo que el profesor estaba estudiando?

—Pudo habérselo oído a cualquiera. Nosotros mismos, que trabajamos ahora en el mismo asunto, hemos hablado y hasta publicado algunas cosas sobre nuestras investigaciones. No importa quién ha podido leerlas, pero puede presentarse alguien, como lo hizo ese Hulter.

Patricia no dijo nada.

—Ese hombre —prosiguió el profesor, tras una corta pausa— debía de ser algún eminente bioquímico que descubrió una sustancia que quiso poner a la disposición de Telmer…, ¡y éste despreció lo que le ofrecían!

—¿No habrá publicado nada el otro?

—No. He repasado el índice de autores y no he encontrado a ningún Hulter. Por desgracia, querida, los trabajos de ese hombre han debido desaparecer por completo.

Ella sonrió, pasando la mano por los cabellos blancos de su padre.

—Te hubiese gustado recibir la visita, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—Sin embargo, el profesor Telmer debió de ver algo raro en su visitante para echarse atrás.

—¡Bah! ¡Estupideces! Lo que debió de ocurrir, en realidad, es

que Telmer temió que le robasen sus ideas. ¡Siempre suele ocurrir lo mismo! La desconfianza es la médula espinal de los hombres de ciencia, hija mía.

Sonriendo, Patricia sirvió el té, convenciendo después a su padre de que ya era hora de irse a descansar.

No pudo evitar la muchacha, mientras se arropaba con el embozo de la cama, el pensar en lo que el profesor le había leído y las frases cargadas de angustia que el profesor Telmer había escrito hacía ya un siglo.

Se estremeció.

Capítulo II



l oír la puerta de su despacho, que alguien empujaba, Alan se echó hacia atrás el sombrero que le servía de pantalla para evitar que la luz le diese en los ojos.

Luego, levantando ligeramente la cabeza, vio que el que entraba no era otro que su amigo y compañero de redacción Fred Menson.

El recién llegado se sentó en el borde de la mesa, no lejos del lugar donde reposaban los pies de Alan; después, secándose el sudor que perlaba su frente, con un pañuelo que no estaba nada limpio, dijo:

—No he conseguido nada, muchacho.

—Me lo imaginaba.

—El «Viejo» va a echar los dientes.

—Lo sé.

—¡Ya veo! Tú te imaginas que lo sabes todo; pero me gustaría verte la cara cuando el «Tigre» te llame.

Alan esbozó una sonrisa.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros? La ciudad está vacía, el calor ha hecho que las personas sensatas se vayan lejos. Y es natural que, cuando el setenta por ciento de la gente está ausente, sea difícil llenar las sesenta páginas del «Boston Review».

—¡No me hables de esas sesenta páginas! ¿Dónde están los hermosos tiempos, cuando nos veíamos negros para meter toda la información en el periódico? ¡Entonces sí que daba gusto! ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Pero el «Tigre» debe pensar que todos los veranos ocurre lo mismo.

—No es cierto y tú lo sabes. Jamás hemos atravesado un estado de penuria informativa como éste. Ya sabes que cualquier suceso, por insignificante que sea, lo «hinchamos» para que ocupe media página.

—¿Y qué?

—Que el «Tigre» está dispuesto, según he oído, a tenernos todo el día y toda la noche en la calle, sin permitimos volver aquí hasta que no le traigamos material suficiente para llenar el periódico.

—Tendremos que buscar anuncios.

—¡No digas tonterías! Ya tenemos quince páginas de publicidad. ¿Te parece poco?

Alan se encogió de hombros.

Dijo:

—¿Y qué quieres que yo le haga?

Fue en aquel momento cuando el teléfono se puso a sonar, sobre la mesa del periodista, con una insistencia martilleante.

Los dos hombres miraron con aprensión el aparato.

—¿Qué te apuestas a que es él? —inquirió Fred.

Scully cruzó los dedos.

—¡No nombres a la soga en casa del ahorcado! —exclamó.

Después se incorporó y descolgó el aparato.

—¿Diga?

La voz potente del «Tigre» resonó en sus oídos como un rugido.

—¡Venga ahora mismo a mi despacho, Alan!

—Sí, señor.

Y se apresuró a colgar.

—Era él —dijo después, mirando a su amigo.

—Prepárate.

—Ya lo estoy. Sólo que no sé si con este calor podré soportarle mucho tiempo.

—¡No digas bobadas! Después de todo, el «Viejo» sólo piensa en su periódico que, lo quieras o no, es nuestro medio de ganarnos la vida.

Alan suspiró y se puso en pie.

—Deséame suerte, muchacho.

Abandonó el despacho, bajo la mirada conmiserativa del otro, tomando luego el ascensor que le condujo a la última planta del edificio, donde el director tenía su despacho.

Harry Coleman, el «Tigre», el «Viejo», el «Ogro» y otras cosas más, era un hombre de unos cincuenta años, fuerte cómo un mastodonte, con un cuerpo enorme y unos brazos de antropoide. Su excesiva naturaleza física rimaba perfectamente con la exuberancia de su carácter, explosivo y ensordecedor en cualquier circunstancia.

Cuando Alan penetró en el inmenso y bien soleado despacho, sus ojos buscaron un sillón que gozase de un poco de sombra. Se acercó a él, hizo un gesto, señalándole, y preguntó:

—¿Puedo sentarme?

—¡¡No!! —rugió el hombre que estaba sentado al otro lado de una mesa sembrada de papeles y copias fotográficas—. ¡Basta de comodidades! Porque estoy seguro de que estabas echado en tu mesa y durmiendo… ¡No hay más que verte los ojos hinchados y esa cara abotargada!

Alan guardó silencio, echando una lastimera mirada al cómodo sillón a cuyo lado había llegado ya.

—¡No sé cómo no me da una congestión! —bramó aún el director—. Estamos sin información para la tirada de mañana; hemos llenado de idioteces el número de hoy y mis redactores se pasan el tiempo haciendo la siesta… ¡Inconcebible!

Alan dijo:

—No hay buena información, señor.

—¡Lo que no hay son buenos periodistas! En mi tiempo de redactor, no había sitio suficiente en el periódico para poner todo lo que llegaba a la mesa del redactor jefe…

—El «Boston Review» no tenía entonces más que veinte páginas; permita que se lo recuerde, señor.

—¡Basta! También Boston tenía muchos menos habitantes.

Había cerrado los puños, enormes como mazas, y miraba a Alan como si fuese a destrozarlo de un momento a otro.

—¡Banda de inútiles! Está visto que si no hay media docena de crímenes, un par de incendios o un buen terremoto, sois incapaces de llenar una sola cuartilla…

»Pero yo no voy a dejar que estéis roncando mientras mi tensión llega a límites peligrosos para mi salud. ¡No y mil veces no!

Señaló el sillón:

—¡Siéntate!

—Gracias, señor.

Y Scully se dejó caer, abandonándose a la deliciosa sensación que le envolvía entonces.

Pero la voz potente del «Tigre» no le permitió adormecerse.

—¡Hay que llenar la primera, sea como sea! Aunque tengamos que hacer una barbaridad…

—Usted dirá…

—¡Usted dirá! ¡Usted dirá! ¿Qué clase de piedra tenéis en el cerebro? Porque si nada se me ocurre a mí, os pasaríais el tiempo preguntando con ese aire de estúpidos congénitos… «usted dirá…». ¡Vaya periodistas!

Alan dejó pasar la tormenta.

Conocía demasiado bien a su jefe y sabía que interrumpirlo no servía más que para acrecentar su cólera.

—Nuestro problema en estos momentos —siguió diciendo el director— es el de la primera; el más importante. Y como no podemos esperar que ocurra algo que merezca ser incluido en ese sitio, tenemos que ser nosotros los que «hagamos la noticia».

—Le escucho.

—¿Has oído hablar del profesor Arthur L. Wilke?

—Sí.

—¿Qué sabes de él?

—Que se trata de un entomólogo famoso y que ha solucionado no pocos problemas a la agricultura, creando, por cruce, unas especies de insectos que devoran particularmente a los nocivos para los cultivos.

—Bien. Ya veo que, por lo menos, no se te ha secado totalmente el cerebro.

—¿Le ha ocurrido algo grave al profesor?

—No, pero está trabajando en algo importante.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Eso no importa ahora! Las fuentes de información de un periódico sólo incumben a su director. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Pues bien, deseo conocer lo que está haciendo el profesor y, si la cosa merece la pena, quiero que me hagas un «papel» bien llenito, con titulares adaptables a la primera: algo «sensa», ¿entiendes?

—Sí.

—Puedes encontrar al profesor en el Instituto de Entomología. No pierdas el tiempo y hazle hablar de todo lo que pueda interesar al público.

—Así lo haré.

La voz de Harry Coleman subió de tono:

—¿Y qué diablos estás esperando? —rugió—. ¿Quieres que te lleve en brazos yo mismo?

Alan se levantó prestamente.

Y una vez en la puerta, volviéndose un tanto, se despidió.

—Hasta luego, señor.

—¡Vete al infierno y no vuelvas nunca más!

Scully salió, cerrando la puerta.

«¿Al infierno? —se preguntó, mientras avanzaba por el pasillo hacia el ascensor—. ¿Es que no estamos ya en él?…».

No se atrevió a mirar el termómetro que había en la caja del ascensor por miedo a sufrir un vahído. Momentos después, suspirando, penetraba en su despacho.

Fred, que se había sentado ante un ventilador, volvió parcialmente el rostro hacia su amigo:

—¿No te falta ningún trozo de carne? —inquirió, sonriendo.

—No. Quería comerme una oreja, pero escapé a tiempo. ¿Vienes conmigo?

—¿Adónde?

—Hay algo para la primera.

—¿El qué?

—Un autobús, que se paró al sol por falta de gasolina, se ha fundido en la calle 23.

—¡Bah!

Contó a su amigo lo que el director deseaba que hiciese. Y el otro, abandonando el ventilador, accedió.

—Está bien. Tú ganas.

—¿Vienes conmigo?

—Si. Prefiero salir de aquí, sea como sea, antes de que me llame a mí. No lo soportaría.

—De acuerdo: larguémonos.

Una vez fuera del edificio, se pegaron a la fachada, moviéndose por la estrecha franja de sombra, en su avance hacia el sitio donde Alan tenía su coche. La carrocería brillaba, bajo el sol implacable, como si estuviese bajo la llama de un soplete.

—¿Vamos?

Corrieron. Alan abrió la puerta y penetraron con horror en aquella especie de horno en que el coche se había convertido.

—¡Se podría freír un huevo aquí dentro! —se lamentó Fred.

Alan puso el vehículo en marcha, acelerando rápidamente en busca de un poco de aire que penetrase en sus pulmones. La circulación era escasa y esto les permitió avanzar a una cierta velocidad, disfrutando de una pasajera sensación de frescura.

Por suerte, el Instituto de Entomología, en cuyo parque penetraron poco después, estaba rodeado de altos y frondosos árboles que proyectaban una bienhechora sombra que proporcionaba una agradable sensación.

Dejaron el vehículo en plena umbría, cruzando después la sombreada senda que llevaba hacia la fachada.

—¡Aquí da gusto! —suspiró Menson.

Alan sonrió.

—Aunque parezca una frase idiota —repuso—, los sabios no son tontos.

Momentos más tarde penetraban en el «*hall*» del Instituto, dirigiéndose hacia una mesa ocupada por una muchacha lindísima que les recibió con una encantadora sonrisa.

—Buenos días —saludó ella—. ¿Qué desean?

—Ver al profesor Wilke —repuso Alan—. Somos enviados especiales del Boston Review.

—Un momento, por favor. Voy a preguntar al profesor si puede recibirles.

Manejó diestramente su complicada centralita y momentos después, mirando a los dos jóvenes, dijo:

—Tienen suerte. El profesor va a recibirles. ¿Quieren subir a su laboratorio?

—¡Encantados!

—Es en el piso octavo. Allí está el ascensor.

—Gracias.

Subieron, desembocando después en un amplio pasillo, con puertas a ambos lados, no tardando mucho en leer el nombre del profesor sobre una de ellas.

Alan llamó suavemente con los nudillos.

La puerta se abrió entonces y el periodista se encontró ante la criatura más deliciosa que jamás había visto. La sorpresa del joven fue tan sincera que ella no pudo por menos de sonreír al ver la expresión que aparecía en el rostro de él.

—¿Qué desea? —inquirió la muchacha.

Alan tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para poder articular las palabras; luego, cuando lo consiguió, expuso:

—Queríamos entrevistar al profesor Wilke. Creo que le han avisado desde abajo.

—¿Son ustedes periodistas?

—Sí.

Ella se hizo a un lado, sin dejar de sonreír.

Invitó:

—Hagan el favor de pasar.

Obedecieron y cuando Alan pasó junto a la muchacha aspiró el perfume que de ella emanaba, respirándolo con fruición.

El laboratorio era amplísimo y tenía una forma rectangular, alargada hacia ambos extremos. Mesas de todos los tamaños ocupaban su parte central y las paredes estaban completamente cubiertas por estanterías que contenían cajas de cristal o jaulas de finas redes de alambre.

A la derecha, al fondo, tres hombres trabajaban sobre una de las mesas.

—Hagan el favor de seguirme —dijo la muchacha.

Lo hicieron, deteniéndose poco después junto a los tres hombres.

—Papá…

El más viejo de los tres fue el primero en volverse; pero los otros

también lo hicieron.

—¡Ah, son ustedes! —exclamó el sabio, estrechando la mano a los dos periodistas. Luego, señalando a los que tenía al lado—: Les presento a mis ayudantes. Éste es Lothar Hiller y éste Stanley Larson.

Alan estrechó las manos que le tendían, notando en seguida que los ojos del llamado Larson tenían un brillo especial, como si le molestase la presencia de los informadores.

Pero la voz del profesor le llamó la atención.

—Y bien, amigos míos. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Deseábamos conocer la marcha de sus trabajos.

—¿De qué trabajos?

Alan sonrió.

El «Tigre» no le había dado demasiada información, pero su oficio se imponía y no iba a fracasar por tan poco.

—Perdone usted, profesor. Ya comprendemos que sus trabajos deben estar rodeados de secreto profesional; pero, de todos modos, el público desea una información sobre lo que hacen los hombres de ciencia… aunque no sea más que algo que satisfaga su natural curiosidad.

—Lo comprendo. Pues bien, en estos momentos nos ocupamos de liberar a las hormigas de su caparazón, sobre todo del que rodea su cerebro.

—¿Qué persiguen con eso?

—Estudiar lo que la mente de las hormigas hubiese llegado a ser de no verse constreñida por el tamaño de su encéfalo. Tiene usted que imaginar que las hormigas podían haber sido las reinas de la Tierra de no haber existido esa limitación.

—¿Tan inteligentes son?

—Sí, pero no podemos establecer parangón posible. Sólo conocemos muy poco sobre ellas, aunque lo poco que sabemos es sobrecogedor.

—¿Se refiere usted, profesor, a su poder de organización en común?

—No es eso lo más importante.

—¿Su lenguaje antenal, entonces?

—Eso es muy interesante, aunque no está, ni muchísimo menos, comprobado.

—Excita usted mi curiosidad, profesor.

Wilke sonrió.

—Lo comprendo, amigo mío. Pero lo verdaderamente importante en la vida de las hormigas es su extraordinaria habilidad como cirujanos.

—¿Eh?

—Lo que oye. Es conocido por todos los entomólogos que una vez que la reina ha puesto varios millares de huevos, éstos son transportados cuidadosamente por las «obreras» a las cámaras especiales donde son depositados. ¿Entiende?

—Sí.

—Pero es más tarde cuando comienza lo verdaderamente extraordinario. Hoy estamos seguros de que las hormigas «calculan» el número de individuos de cada clase que necesitan para el año que sigue a la puesta de los huevos.

—¿Quiere usted decir que hacen un censo de la población?

—Así es; pero un censo futuro. Y una vez que lo han establecido, matemáticamente, sabiendo la cantidad de individuos que necesitan de cada casta: guerreras, obreras y reinas, proceden a obtenerlos de las larvas, que poseen todas la misma constitución biológica.

—No entiendo demasiado…

—Un momento. Ciertas hormigas, de la clase de las guerreras, cogen las larvas y realizan en ellas una verdadera intervención quirúrgica; es decir, pinchan ciertos centros nerviosos y vitales, provocando así un crecimiento distinto para cada larva; unas serán obreras, otras guerreras y las menos reinas.

—¡Es fantástico!

—Lo parece, ¿eh? Pues ahí reside la incógnita terrible de las hormigas. Si hacen esto con un cerebro limitado, mediocre, encerrado en la caja de su cráneo quitinoso… ¿qué no harían de poder desarrollar su encéfalo como lo hemos logrado nosotros?

—Pero el hombre también tiene limitación de crecimiento, puesto que el cráneo rodea así nuestro encéfalo.

—No lo crea, amigo. El cerebro del hombre crece muchísimo más que el de los insectos y, además, debido a la blandura del cráneo durante las primeras edades, sigue aumentando de tamaño y de peso, sin contar con que, replegándose sobre sí mismo, gracias a las circunvoluciones, posee una superficie tremenda…

—Es cierto.

—Por el contrario, en las hormigas, la esfera de quitina cierra ya, desde el comienzo, el espacio cerebral, limitándolo definitivamente.

—Comprendo.

—Si consiguiésemos dilatar esa masa nerviosa, la hormiga podría alcanzar una mentalidad que ni siquiera podemos imaginar.

—¿No sería peligroso?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nuestras experiencias se limitan, como ya usted puede imaginarse, a un par de docenas de individuos. Y si viésemos algo verdaderamente peligroso, la destrucción de unas cuantas hormigas sería singularmente sencillo.

—Ya veo.

—Y ahora, permítame que prosiga trabajando con mis ayudantes. Mi hija Patricia les enseñará el laboratorio y podrán sacar tantas fotos como quieran.

—Es usted muy amable, profesor.

—Deseo que el público esté informado: eso es todo. Por lo demás, me gustaría darles unas esperanzas que la seriedad científica no me permite conceder a la Prensa.

—Muchas gracias, de todos modos.

Se despidieron del equipo del profesor, siguiendo a la muchacha, que les hizo recorrer detenidamente el laboratorio.

El profesor volvió a su trabajo.

Pero Stanley no pudo concentrarse. De vez en cuando, miraba a la muchacha, mordiéndose los labios de rabia al verla reír de lo que aquellos periodistas le decían, sobre todo el que había hablado con el profesor.

¡Maldito!

Nunca había experimentado un odio con la intensidad del que le dominaba en aquellos momentos. Porque jamás había visto reír a Pat de aquella manera y al verla tan feliz, tan intensamente dichosa, junto al periodista, cerró los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, prometiéndose hacer lo que fuese para que nadie —nadie más que él— pudiera escuchar la risa cantarina de la muchacha.

CAPÍTULO III



arson esperó tres días.

Y cada uno de ellos cargó aún más de tristeza y congoja su corazón ya desgarrado. Cada noche, cuando abandonaba el laboratorio, no se alejaba ya como antes, sino que tomaba un taxi para seguir al coche del profesor, viendo como éste se detenía ante la puerta de la casa. Patricia besaba a su padre, y se marchaba, alegre como un pájaro, para encontrarse, un poco más allá, con el periodista, que la esperaba junto a su auto.

Tres veces asistió a aquel encuentro y la última, sin poder ya más, dio al chofer la dirección del pequeño bar al que, sin saber exactamente por qué, había faltado desde el día de la visita de los periodistas al laboratorio.

Se sentó ante la mesa de costumbre, pidiendo una botella y empezando a beber silenciosamente, esperando que su amigo llegase. Ahora necesitaba su apoyo más que nunca y no perdía de vista la puerta por la que, de vez en cuando, entraba o salía algún

cliente.

Al ver llegar a Charles, sus ojos, cargados ya por el alcohol consumido, brillaron con una mayor intensidad. Y estrechó con fuerza la mano que el otro le tendía.

—¡Hola, amigo!

—Hola, Larson —después de sentarse, preguntó—: ¿Qué ha sido de ti todos estos días?

Stanley terminó de beber lo que le quedaba en el vaso; luego, mirando al otro con voz cargada de emoción, pidió:

—Necesito que me ayudes, Charles.

—¡Naturalmente!

—¿Lo harás?

—¿Por qué no? Pero ¿qué te ha ocurrido?

Larson le contó sus cuitas, llenando de maldiciones sus frases amargas.

—Tenías mucha razón —dijo luego—. Ha bastado que un hombre distinto se presentase para que ella fuese hacia él, atraída como una mariposa por la luz.

—No te preocupes. Volverá a ti en cuanto se dé cuenta de tu valor.

—¿Y qué vamos a hacer?

—He pensado mucho en los trabajos que estás haciendo con el profesor. Y creo que puedo proporcionarte lo que necesitas.

—¿El qué?

—Conozco una sustancia capaz de evitar que el cerebro de las hormigas limite su tamaño, permitiendo al mismo tiempo un desarrollo normal del resto del cuerpo.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿Y cómo sabes tú esas cosas?

—Eso no importa, Larson. ¿Quieres que te ayude o no?

—¡Claro que quiero!

—Pues bien. Vas a tomar nota de una fórmula que voy a proporcionarte. Pero tienes que prometerme no beber más. Necesitas la mente fresca para prepararla…

—Bien.

—Toma nota.

Larson sacó un bloc y una pluma. Y el otro le dictó una

complicada fórmula, deteniéndose para darle las cantidades exactas de cada sustancia que la componían.

—¿Es esto? —inquirió Stanley cuando el otro hubo acabado de dictar.

—Sí.

—¿Y qué debo hacer?

—Muy sencillo. Prepararás un centenar de centímetros cúbicos de esta sustancia y los echarás en las cubetas de las larvas. Ya verás los resultados.

—¿Tardarán mucho en presentarse?

—No. Si, como espero, lo haces esta misma noche, mañana por la mañana podrás asombrar al profesor con tu descubrimiento.

—¡Formidable!

Charles preguntó:

—¿Estás contento?

—Muchísimo. ¿Cómo podré pagarte este favor, amigo?

—De ninguna manera. Yo soy también un enamorado de la ciencia, pero nadie quiso escucharme.

—¡La humanidad está llena de ingratos!

—Y que tú lo digas.

Hubo una pausa.

Escapando a la acción del «*whisky*», Larson se sentía ganado por una emoción que crecía por momentos. Hasta que, sin poder aguantar más, se puso en pie.

—¡Me voy al laboratorio! —exclamó.

El otro sonrió.

—Ya veo que estás impaciente, ¿eh?

—Sí. Ardo en deseos de demostrar mi superioridad. Y cuando ella vea que he conseguido llegar hasta donde su padre no lo ha logrado, vendrá a mí y abandonará a ese imbécil de periodista.

—No lo dudes.

Larson tendió la mano a su amigo.

—¡Hasta mañana, Charles!

—Adiós.

—¡Y muy agradecido por todo!

—No tiene importancia.

Cuando Larson hubo abandonado el local. Charles también lo hizo, marchando con paso rápido hacia las afueras de la ciudad.

Una vez allí, tomó una importante carretera, desviándose después por un camino que había a la derecha.

No tardó mucho en llegar junto a una espesa zona de verdura en la que las zarzas formaban una verdadera barrera de una densidad sorprendente.

Charles se detuvo.

Y después de mirar a un lado y otro, para comprobar que nadie podía verlo… ¡atravesó la capa de verdura espinosa sin que ni una sola hoja se moviese a su paso!

También pasó por una capa blancuzca y brillante antes de encontrarse ante tres hombres como él, sentados sobre una especie de taburetes metálicos, del mismo color que las paredes, llenas de aparatos, que los rodeaban.

Los allí presentes le miraron en silencio.

Luego, uno de ellos, apenas sin mover los labios, preguntó:

—¿Qué hay?

Hulter sonrió.

—Creo que lo hemos conseguido esta vez.

—¿De veras?

—Sí.

El que había hablado sonrió a su vez.

—Era hora. Lo hemos intentado de mil maneras, pero siempre fracasamos.

—Porque el hombre intuía nuestra verdadera esencia. Sólo alguien al que el alcohol hubiese quitado su barrera de defensa podía dejar de verlo.

Otro movió la cabeza y con voz profunda:

—¡Lástima que no hayamos podido ayudarles nosotros mismos!

—Era imposible —replicó Charles—. Nosotros hemos llegado a un estado especial, puramente mental, sin acción posible sobre las cosas. Como les hubiese ocurrido a ellos de haberse liberado de este planeta.

—¡Ahora van a ser libres!

—Sí, Y nosotros regresaremos, Porque nada más podremos hacer por ellos… por nuestros hermanos.

—Éste es el último planeta del universo en que están en estado de esclavitud. Debió de producirse su detención evolutiva por causas misteriosas, cosa de la que se aprovechó la especie humana.

—De todos modos —intervino Charles—. Volveremos de aquí unos meses para ver la marcha de nuestra liberación. Pueden presentarse problemas con los que no contamos ahora.

—Tienes razón. Pero ahora, vámonos… ¡ya estoy harto de esta materialización absurda!

* * *

En su marcha por las calles oscuras. Larson sonreía. Jamás se había sentido tan dichoso. Y si la premura por llegar al laboratorio había estado a punto de hacerle tomar un vehículo logró dominarse diciéndose que deseaba gozar plenamente de aquello que ya tenía en la mano y que iba a convertirle en un hombre digno del amor de la mujer a la que idolatraba.

Cuando llegó al laboratorio, sacó el llavín que como todos los ayudantes poseía y penetró en el edificio silencioso y oscuro. A tientas para no llamar la atención desde fuera se dirigió hacia el ascensor, subiendo a la planta en la que estaban situados los laboratorios de bioquímica, dos pisos más arriba del que utilizaba el profesor Wilke.

Una vez allí, encendió todas las luces y se puso una bata para empezar a trabajar.

Sentía fiebre.

Era como si algo interno le empujase con una fuerza indomable a preparar lo antes posible la fórmula que su misterioso amigo le había proporcionado. Sacó el cuaderno y empezó a mezclar los ingredientes, después de pesarlos cuidadosamente en la báscula electrónica que allí había.

Una a una, las sustancias integrantes de la fórmula se fueron agregando hasta que Larson obtuvo una solución fluida, transparente y límpida, que contempló a contraluz en el tubo de ensayo que sostenían sus temblorosos dedos.

Sonrió, pues iba a convertirse en un hombre célebre y famoso.

Salió del laboratorio de bioquímica y descendió por la escalera, despreciando el ascensor. Momentos después penetraba en su propio laboratorio, cuya luz encendió, dirigiéndose después hacia los autoclaves donde el profesor guardaba las larvas de experimentación. El interior del autoclave estaba dividido en cuatro

partes, cuatro recipientes idénticos que encerraban distintas clases de larvas, unas en estado más avanzado que otras, pero todas sin quitina.

Larson miró a las más grandes, que peleaban contra la desecación y que estaban condenadas a morir, ya que jamás podrían alcanzar el estado de hormigas adultas.

Con gran cuidado vertió el contenido del tubo de ensayo en aquel recipiente.

El corazón le latía con intensidad y una emoción indescriptible se había apoderado de él.

¿Conseguiría lo que se proponía?

Permaneció allí, largos minutos, sin poder ver nada. Y finalmente, cansado por todo lo que había sucedido aquella noche, se retiró hacia uno de los ángulos del laboratorio, dejándose caer en el sillón que siempre había ocupado, el profesor en sus momentos de descanso.

Entornó los ojos.

En aquellos momentos, las ideas científicas de lo que podía ocurrir en el autoclave huyeron de su mente, dando paso a las que estaban consagradas a Patricia.

La vio acercarse a él de puntillas, silenciosamente, recorriendo el laboratorio en una danza de *ballet* llena de encanto, moviéndose al ritmo de una música inexistente.

Luego se detuvo a su lado, puso una de sus manos sobre su hombro y se inclinó delicadamente hasta posar sus frescos labios en su frente ardiente.

La niebla se hizo más densa alrededor de Larson…

* * *

Ikson se desperezó.

Contrayendo sus poderosos músculos, hizo vibrar la cubierta quitinosa que le servía de caparazón, pero por encima de las mandíbulas aquella sustancia era débil, delicada, como una película, sin limitar ya más el crecimiento de su poderoso cerebro.

Seguía siendo una hormiga, pero, al mismo tiempo había dejado de serlo. Y las cosas se le aparecían con una claridad portentosa, pudiendo actualizar lo que deseaba.

Por ejemplo, nada más empezó a moverse, se dio cuenta del lugar en que se encontraba, presintiendo la presencia de aquella criatura que estaba fuera, dormido, despreciable ser, cuyo valor mental no tenía ni que tenerse en cuenta.

Pero…

Prolongando su «sonda mental», Ikson se percató de que aquel primer desprecio que había experimentado por la criatura que dormía no era ni lógico ni sensato.

Millones de seres como aquél estaban al otro lado de las paredes del laboratorio, organizados maravillosamente y, sobre todo con una idea de superioridad que basaban en el poder de su cerebro.

Llegar a la conclusión de que eran los enemigos; los más importantes y terribles enemigos de la Raza, fue para Ikson un juego de niños. Y considerando las cosas desde aquel ángulo, la existencia, la nueva vida que acababa de nacer se le ofreció como llena de rutilantes promesas.

Atson se movió a su lado.

Después fueron otros y otros, toda la pléyade que había en aquel recipiente y que era como el nódulo de lo que más tarde iba a convertirse en un verdadero poder.

Las ondas antenales surcaron el estrecho espacio de la prisión y las órdenes colectivas fueron señalando una norma de conducta que no tardó casi nada en ponerse en práctica.

Cuando la puerta del autoclave saltó, empujada por la potencia de unos músculos que eran capaces de mover objetos cien veces mayores que el cuerpo a que pertenecían, una nueva era para el planeta Tierra acababa de nacer.

* * *

—¿Estás preparada, Pat?

—Un momento, papá. En seguida bajo.

El profesor sonrió, terminando de llenar la taza de café que tenía sobre la mesa de la cocina. Luego encendió un cigarrillo, oyendo entonces los pasos de la muchacha que estaba bajando rápidamente por la escalera.

Le rodeó con sus brazos, colgándose a su cuello y besándole.

—¡Buenos días, papá!

—¡Suéltame, locuela! ¿No ves que me estás ahogando?

—Perdona.

—No es nada. Anda, toma tu café.

—¿Tenemos tiempo?

—Un poco.

Ella obedeció, sentándose ante la mesa para empezar a mojar su tostada en el humeante tazón.

El profesor la miraba atentamente.

¡Cómo había cambiado!

En poco tiempo, en poquísimos años, se había convertido en aquella espléndida mujer que ahora tenía ante él y que tanto le recordaba a la que había muerto…, a su esposa.

Terminó ella su frugal desayuno y se limpió con una servilleta; luego, sonriendo a su padre, manifestó:

—No dirás que he tardado mucho, ¿eh?

—No.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Salieron y mientras ella cerraba las puertas, el profesor fue hacia el garaje y sacó el coche que paró ante la entrada del jardín.

Ella se sentó a su lado.

—Cuando quieras, papá.

—Ahora mismo; pero deseaba decirte algo.

—¿El qué?

Arthur miró detenidamente a su hija; luego dijo, con voz llena de raras inflexiones:

—Comprendo lo que te ha pasado, Pat: es tan natural como lógico; pero ¿estás segura?

—¡Completamente, papá!

—¿Tan pronto?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Lo conoces hace tres días. Y tu entusiasmo, francamente, me da un poco de miedo.

—No debes tener miedo alguno, padre.

—¡Ojalá sea así!

—No puedo estar equivocada, papá. Alan es lo que yo andaba buscando desde hace mucho tiempo.

—¿Y los otros dos?

—¿Quiénes?

Enarcó las cejas para mirar interrogativamente a su padre y dar más fuerza a su pregunta.

—Hiller y Larson, hija mía: mis ayudantes. Yo no estoy ciego y sé que se sienten atraídos hacia ti.

—Yo no sabía nada, papá.

—Pues yo sí, Pat. Sobre todo Larson.

—¿Larson?

—Sí. Hay que estar ciego para no ver con qué intensidad te sigue con la mirada.

—Siempre le he considerado como un amigo, papá; igual que al otro.

—Lo comprendo.

—Además —protestó ella— jamás me dijeron nada ni hicieron alusión alguna a sus sentimientos. Han estado aquí, en casa, mil veces, han bailado conmigo, de la misma manera que con mis amigas; pero nunca dijeron nada…

—Son dos estudiosos, no lo olvides.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que son tímidos por naturaleza.

Ella lanzó una carcajada.

—¡No me hagas reír, papá! La timidez, cuando un hombre desea decir algo importante, se deja a un lado. ¡Y no digas que Larson es un tímido! Muchas veces ha discutido contigo y algunas casi faltándote el respeto.

—Es un apasionado.

—Por eso mismo, si sabe defender sus puntos de vista con tanto fuego, ¿por qué no iba a hacerlo si deseaba decirme algo? No, papá. Lo que ocurre es que ellos me miran como una amiga, nada más. Ya verás como admiten mi punto de vista cuando les comunique, de aquí unos días, mi compromiso con Alan.

—¡Pero sí apenas le conozco!

—Ya lo conocerás, papá. Le he invitado esta noche.

Wilke sonrió.

—¡Está visto que voy perdiendo el mando, Pat! Veo que eres tú quien lleva el timón de todo.

—¿No te gusta?

La miró con ternura.

—Claro que sí… ¿Vamos?

—Sí.

Puso el coche en marcha, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. El tiempo parecía anunciarse tan caluroso como el día anterior.

—Buena temperatura para las larvas —comentó el sabio.

—¿Crees que habrán avanzado las del lote del autoclave?

—No lo sé, querida. Es una lástima que cuando nos parece haber obtenido algo verdaderamente positivo, esos pobres animales mueran.

—Tú no tuviste la suerte de recibir la visita de aquel profesor del siglo pasado.

El rostro de Arthur se ensombreció.

—Sólo un hombre miedoso, hundido en temores infantiles como aquel profesor, pudo despreciar la ayuda de alguien que hubiese permitido hacer descubrimientos maravillosos.

—Prefiero que ese misterioso personaje no nos haya visitado.

—¿Eh? ¿También crees tú en brujas y esas cosas?

—No es eso, papá.

—¿Entonces?

Ella tardó en contestar.

—He vuelto a leer el libro, ya sola, siguiendo los mismos párrafos que tú me leístes.

—¿Y qué?

—Que me han dado mucho miedo.

Ahora fue él quien se echó a reír.

—¡Vamos, vamos, Pat! ¡Que no se diga! ¡Tú, una muchacha moderna, una ayudante de laboratorio! No, hija mía. La ciencia no debe tener miedo de nada porque debe ser lo suficientemente fuerte para dominarlo todo… Mira, ya llegamos. ¡Veremos cómo están nuestras simpáticas larvas!

Capítulo IV



etuvo el coche donde tenía por costumbre; luego, siempre de excelente humor, se cogió al brazo de Patricia y avanzó lentamente hacia la entrada.

—Te aseguro, pequeña —dijo sonriendo—, que me da un poco de miedo quedarme solo.

—¿Qué quieres decir, papá? —se extrañó ella, mirándole de reojo.

—Nada. Quizá sean chocheces de viejo. Pero la verdad es que te echaré mucho a faltar el día que te cases.

—¡Cállate, charlatán! Te conozco demasiado para saber que estás intentando el más indigno de los chantajes. ¡Bien sabes que, si me caso, cosa aún bastante lejana, jamás te dejaré solo!

—Lo sabía, Pat.

Habían llegado a la entrada y, como siempre, lo hacían los primeros, ya que el viejo conserje llegaba más tarde. El profesor sacó el llavín y abrió la puerta con decisión.

—Vamos —dijo.
Pero no dijo más.
Se quedó allí, en el dintel, viendo la silueta humana que avanzaba hacia él. En seguida, casi al mismo tiempo, vio lo «otro».
Y se estremeció de pies a cabeza.
—¡Atrás, Pat! —gritó, aterrado.
La muchacha retrocedió, pero él se quedó allí, hasta que Stanley estuvo a su lado. La expresión de su ayudante era indecible. Parecía como si alguien le hubiese quitado el alma, arrancándosela de cuajo. Su mirada había perdido la luz de vida que lucía antes en ella.
Percatándose claramente del peligro, el profesor alargó su mano, cogiendo al joven por el brazo y llevándoselo fuera. Tuvo, no obstante, la presencia de ánimo suficiente para cerrar la puerta con llave, antes de que la masa negra que se arrastraba por el suelo llegase hasta él.
Llevándose a Larson del brazo, apretó el paso hasta llegar al coche. Una vez allí, abrió la portezuela posterior y empujó a su ayudante, penetrando él después no sin decir a Pat que cogiese el volante.
—¡Vamos al hospital, pequeña! ¡Aprisa! —ordenó.
—Pero ¿qué ha ocurrido?
—No lo sé. ¡Vamos, Pat! No perdamos tiempo.
El vehículo se puso en marcha, saliendo disparado por el camino que atravesaba el parque que rodeaba el edificio del Instituto.
Arthur miró a Larson.
Preguntó:
—¿Qué ha ocurrido, Stanley? ¿Qué hacía usted a estas horas en el laboratorio?
Larson miró a su superior.
Había tal vacío en la mirada que el otro no pudo por menos de estremecerse. Estaba claro que el ayudante no diría nada, ya que sus ideas debían haberse borrado por completo.
Mirándole intensamente, mientras el coche corría alocadamente por las calles de la ciudad, el profesor intentaba encontrar la respuesta a las preguntas que se estaba formulando interiormente.
Por último, observó una mancha negruzca en el cuello del joven. Y tomando su cabeza entre las manos, hizo que la inclinase sobre el

pecho, examinando entonces su nuca.

¡Allí estaba lo que andaba buscando!

Un orificio del tamaño de la cabeza de un alfiler grande mostraba aún sus bordes manchados en sangre que se había coagulado y adquirido ya un tono oscuro, negruzco casi.

Recordando lo que había visto al asomarse al interior del «*hall*» del Instituto, Wilke volvió a ver con toda claridad los pequeños monstruos que se habían adueñado del edificio. Los había visto, con su forma característica de hormigas, pero con un cráneo dilatado, casi diez veces del tamaño de su cuerpo.

¡Lo que esperaba había sucedido!

Pero ¿cómo?

Porque la cantidad de hormigas colocadas en el autoclave, en estado de larvas avanzadas, no era, ni muchísimo menos, la que correspondía a la que había visto en el «*hall*», cubriendo completamente el suelo.

La cabeza le ardía.

Por otra parte, la presencia de Larson en el laboratorio quedaba sin explicación y le parecía que allí, precisamente, debía residir la solución del terrible problema que afectaba a todos.

Cuando la joven detuvo el coche ante el hospital, el profesor no perdió ni un segundo, llevando del brazo a Larson, que le seguía como un autómata. La muchacha le siguió también y nada más entrar en el edificio, Wilke preguntó a la enfermera recepcionista por el doctor Olson, al que conocía íntimamente.

—El doctor acaba de llegar. Voy a avisarle.

Wilke Insistió:

—Dese prisa, por favor, señorita.

Momentos después, una enfermera les guiaba, haciéndoles tomar un ascensor que les condujo al piso donde el médico tenía su despacho.

Albert Olson era un hombre bajito, menudo, simpático, atractivo, pero con una mirada penetrante en unos ojos claros que no parecían nunca estar en reposo. Célebre neurólogo y sicólogo al mismo tiempo. Olson era una personalidad conocida mundialmente por sus trabajos que habían sido publicados en todas las lenguas.

Estrechó la mano de Arthur y saludó amablemente a Pat, mirando luego con un interés puramente profesional a Larson.

Wilke le explicó someramente lo ocurrido, mostrándole la incisión que su ayudante tenía en la nuca. El doctor condujo a Larson a su cama de observación, tendiéndole en ella y examinándole con todo cuidado. Tardó bastante tiempo en incorporarse. Luego, con un tono de voz solemne y al mismo tiempo admirativo, exclamó:

—¡Es curioso!

—¿El qué?

—Ningún neurocirujano hubiese hecho esto con la limpieza que ha sido realizado.

—¿De qué se trata, doctor?

—De una encelatomía fantástica. Este pobre joven ha sido desprovisto de todas las fibras voluntarias del cerebro. Han seccionado limpiamente los haces de materia gris y separado definitivamente la inteligencia de sus medios normales de expresión.

—Lo que quiere decir…

—… que es incapaz de pensar y reaccionar ante cualquier cosa.

Patricia se estremeció.

—¡Qué horror!

Pero el profesor, mirando fijamente al doctor, explicó:

—Han sido las hormigas. No me cabe la menor duda.

Olson frunció el ceño.

—¿Las hormigas?

—Sí. No hay cirujanos como ellas. ¡Y están en libertad! ¡Hay que hacer algo!

Miró a Larson, después al doctor; preguntó:

—¿Puede guardarle aquí, Olson?

—¡Naturalmente!

—Yo voy a denunciar el caso. ¡Hasta ahora! ¡Vamos, Pat!

Abandonaron el hospital y volvieron al coche, que ahora condujo el profesor, apretando el acelerador y saltándose los semáforos hasta detenerse ante el palacio del gobernador.

Patricia estaba alarmada.

—¿Qué vas a hacer, papá? —inquirió, con la voz cargada de angustia.

—Tengo que cumplir con mi deber, pequeña. Tú quédate aquí.

—¡Eso no! ¡No me separaré de ti!

Penetraron en el edificio, hablando con uno de los agentes que había a la entrada. Wilke fue parco con él, pero le hizo entender que el asunto que le llevaba allí era gravísimo y de primerísima importancia.

Consiguió lo que se proponía y momentos más tarde eran introducidos en el despacho del gobernador.

El profesor habló lentamente, por orden, explicando al gobernador todo lo que había ocurrido, desde el principio.

—Yo no sé, excelencia —añadió después—, cómo se ha producido esa transformación masiva de hormigas, ya que, como le dije a usted antes, habíamos previsto una pequeñísima cantidad para el experimento. Pero lo cierto es que tal cosa ha ocurrido y que el peligro es grande.

El otro sonrió.

—Cálmese, por favor, profesor. Creo que exagera un poco. Porque ¿qué pueden hacer unos cientos de hormigas, por muy feroces que sean?

—Mucho, señor. No olvide que no son hormigas corrientes, sino seres extraños que poseen un cerebro cuya potencia no podemos ni calcular. Ya le he dicho lo que han hecho con uno de mis ayudantes. Lo han operado y le han convertido en un autómata. Pero esto no es más que el principio.

—¿Qué propone usted hacer?

—¡Destruirlas, señor!

—¿Cómo?

—Con un insecticida potente. Pero antes han de tomarse todas las medidas encaminadas a impedir que salgan del Instituto. Confinadas allí, podremos dominarlas y destruirlas.

—Comprendo. Voy a dar las órdenes oportunas.

Extendió el brazo, apoderándose del teléfono que tenía sobre la mesa. Momentos después golpeaba la horquilla, con el ceño fruncido.

—No funciona —dijo.

Apretó un botón del cuadro que tenía al lado y al instante se presentaba un empleado.

—¿Qué ocurre con el teléfono? —inquirió.

—No lo sabemos, excelencia. Nos hemos dado cuenta de que las líneas no funcionaban y hemos enviado un motorista a la Central

Telefónica. No tardarán en arreglarlo.

—Bien. Por el momento, envíe un grupo de coches y motos al Instituto de Entomología. Que rodeen el edificio sin dejar entrar a nadie. Ordene también que preparen fumigadores con DDT y que dispongan lo necesario para proceder a una desinsectación intensa en el Instituto. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

Salió el hombre y el gobernador, después de haber ofrecido un cigarrillo al profesor, encendió el suyo.

—Pronto estará resuelto este problema —dijo.

—Así lo espero, señor. Yo soy el único culpable y estoy dispuesto a cargar con toda la responsabilidad.

El gobernador sonrió.

—¡Vamos! ¡Vamos! No exageremos, profesor. Un pequeño experimento puede, en efecto, causarnos ciertas molestias, pero no debe tomarlo tan a pecho. Dentro de un par de horas, esas dichosas hormigas habrán sido aniquiladas y usted podrá reemprender sus trabajos, con un poco más de cuidado y tomando precauciones que eviten que se repitan estas cosas. Pero eso es todo.

Arthur suspiró.

Quería creer, a ojos cerrados, en las palabras que estaba pronunciando el otro; pero la verdad era que el gobernador no podía comprender la realidad del peligro que podía producirse.

—¿Me permitirá usted acercarme al Instituto, señor? Desearía seguir de cerca las operaciones de destrucción y colaborar, en lo posible, con los hombres que van a llevarla a cabo. No estaré tranquilo hasta que todo haya terminado.

—Lo comprendo. Vaya, profesor, vaya. Y por lo que más quiera; no haga una montaña de un simple grano de arena.

Cogido del brazo de su hija, Arthur abandonó el edificio, dirigiéndose al coche que habían dejado a la puerta.

—¡Es horrible, Pat! —exclamó cuando salían.

—No debes ponerte así, papá. Ya has oído al gobernador. También creo yo que exageras un poquito.

Wilke no dijo nada más.

Se puso al volante de su coche y condujo apresuradamente hacia el Instituto. A su llegada comprobó que los vehículos de la policía y de los bomberos rodeaban ya el edificio por todas partes.

No habían empezado aún a lanzar los chorros del potente DDT, pero estaban preparando los tanques cargados con el mortífero polvo.

De nada sirvió al profesor hacer gala de su identidad. No pudo pasar el cordón policíaco que se había establecido a unos doscientos metros de la entrada del edificio.

Wilke se puso furioso y Patricia tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para calmarlo.

—Pero compréndelo, papá. Ellos han tomado en sus manos las riendas de la operación y no quieren permitir intromisiones de ninguna clase.

—¡Son unos testarudos! Yo puedo ayudarles, guiarles, darles consejos valiosos… ¿No comprendes que sería culpa mía si ocurriese alguna desgracia?

—No ocurrirá nada, papá.

—Así sea; pero, de todos modos…

—¡Hola, profesor!

La llegada de Alan, al que seguía dócilmente Fred, interrumpió la frase que Wilke iba a decir. Estrechó calurosamente la mano a los dos periodistas, que también saludaron a la muchacha.

Y Alan, llevado por su afán informativo, exclamó:

—¡No sabe cuánto me alegro de haberles encontrado! ¿Qué ha ocurrido exactamente, profesor? Porque lo que hemos oído está lleno de contradicciones.

Wilke se lo explicó.

—Entonces… ¿ha logrado lo que deseaba?

—No lo sé, amigo mío. En realidad, yo no esperaba esto. Con franqueza, lo ocurrido ha sobrepasado todos mis cálculos.

—¿Y cree que esas hormigas serán capaces de darnos un disgusto?

—Lo ignoro. En principio, poseen un cerebro superior al que han tenido hasta ahora. No existiendo el recubrimiento de quitina que limitaba su crecimiento, están en poder de algo que podría llegar a ser verdaderamente horrible.

—Comprendo.

—Tiene usted suerte, joven. Porque yo no entiendo absolutamente nada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me estoy preguntando incesantemente cómo han podido salir del autoclave.

—¿Estaba cerrado?

—Herméticamente.

—Pero usted ha dicho que su ayudante estaba en el Instituto.

—¡Ése es otro de los problemas! ¿Qué hacía Stanley en el laboratorio? Generalmente, era de los últimos en llegar. Además sabía que estaba completamente prohibido tocar los lotes de larvas del autoclave. ¡Francamente, no lo entiendo!

Intervino Patricia:

—Pronto acabarán tus preocupaciones, papá. Inteligentes o no, las hormigas no dejan de ser insectos y no podrán resistir a la lluvia del mortífero DDT que va a caerles encima de un momento a otro.

—¡Eso es cierto! —exclamó Alan—. ¿No es Verdad, profesor?

—Indudablemente. El poseer un cerebro superior no deja que el organismo de las hormigas siga siendo el mismo de siempre. No hay duda de que el DDT las destruirá.

Alan dijo:

—Veremos si entonces nos dejan acercarnos para hacer unas fotos.

Wilke no dijo nada. Estaba mirando a los hombres que desenroscaban las largas mangas que iban a servir para inundar el Instituto con el polvo que destruiría a los insectos. Y frunció el ceño.

¡Lástima que las cosas se hubieran producido de aquel modo!

Porque hubiera dado cualquier cosa por conservar aunque no hubiese sido más que uno de aquellos animales. ¡Qué alegría poder estudiarlo, saber hasta dónde había llegado el desarrollo mental de las larvas y comprobar si, como teóricamente se decía, las hormigas hubieran podido llegar a ser las dueñas de la Tierra sin aquella limitación que su exoesqueleto les imponía!

Sonrió amargamente.

Sólo podría recoger, dentro de poco, cuando el DDT hubiese actuado, los cadáveres de unos animales cuyo examen no le aclararía demasiadas cosas.

Arrastrando las largas mangueras, los hombres penetraron en el parque y avanzaron hacia el edificio. Iban con ellos los que se disponían a romper los cristales de las ventanas del piso bajo para

verter el polvo en el interior.

El profesor cerró los ojos.

A su lado, Patricia charlaba con Alan, contenta de tenerle a su lado, sobre todo en aquellos momentos.

—Pobre papá —le dijo en voz baja—. No puedes imaginarte la preocupación que tenía. Hasta el gobernador le rogó que no se alterase tanto.

Scully sonrió.

—Lo comprendo, Pat. Tu padre creía haber desencadenado una catástrofe enorme. Eso ocurre comúnmente a los sabios, se creen que sus trabajos poseen siempre una repercusión universal.

—¡Mírale! Está sufriendo ahora.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes?

—No.

—Él desearía poder guardar un par de hormigas vivas para poder estudiarlas después detenidamente.

—Alguna no morirá. Cuando nos permitan entrar en el Instituto, veré si puedo proporcionarle alguna que no haya muerto.

—¡Qué bueno eres, Alan!

Él la miró sonriente.

—Haría cualquier cosa por la felicidad de tu padre, querida. Sé como te quiere y cómo le adoras tú.

—¿Celoso?

—¡De ninguna manera! Son dos amores distintos.

—Tienes razón.

Fue entonces cuando un rumor incesante hizo que miraran hacia la entrada del parque que rodeaba el Instituto. Abriéndose paso. Alan, seguido por el profesor y la muchacha, lograron colocarse en primera fila, junto a los agentes que contenían al público a duras penas.

Miraron hacia el fondo.

Uno a uno, los hombres que habían penetrado con las mangueras y los picos volvían ahora, como autómatas, andando lentamente, sin saber hacia dónde se dirigían, sin hacer caso alguno de lo que sus compañeros les decían.

—¿Qué es eso? —inquirió Alan.

—Nuestra primera derrota —repuso el profesor—. ¡Las hormigas

han atacado, reduciendo a esos desgraciados a meros autómatas!

CAPÍTULO V


a alarma cundió por doquier.

El profesor y su hija regresaron rápidamente al palacio del gobernador. Su coche iba seguido por el que Alan conducía, ya que los periodistas no habían logrado información alguna en el Instituto y las tropas allí acantonadas no tardaron mucho en sufrir la parálisis de la voluntad que había atacado a los encargados de lanzar el DDT.

Una vez ante el gobernador, encontraron a éste en un estado mucho menos optimista que la vez anterior.

—¡Los teléfonos están cortados por todas partes! —gritó, nada más ver al profesor y sus acompañantes—. Nadie puede acercarse a las centrales telefónicas ni tampoco a las emisoras de radio y televisión. Según me han dicho, esa extraña parálisis se extiende rápidamente por la ciudad y ha empezado a atacar a los centros neurálgicos de Boston.

—¿Y qué piensa usted hacer? —inquirió Alan.

—Vamos a proceder a una evacuación rápida de la ciudad. Ya se han dado las órdenes oportunas. Es lo mejor que podemos hacer. Yo voy a salir inmediatamente para Washington y me pondré al habla con las autoridades federales. ¡Usted, profesor, vendrá conmigo!

—Haré lo que sea.

—Le necesitamos para que, con sus colegas del resto del país, estudien la manera de combatir a estos terribles insectos. ¡Tenía usted razón al decirme que eran peligrosas!

—¿Y mi hija, señor?

Alan se adelantó.

—Puede usted confiármela, señor. La pondré a salvo.

Arthur dirigió al joven una mirada llena de agradecimiento.

—Está bien, amigo mío. De todos modos, espero que se comuniquen conmigo cuanto antes. No estaré tranquilo hasta saber que están fuera de peligro.

—Así lo haremos, señor.

El palacio del gobernador no tardó mucho en vaciarse por completo. Disponiendo de unos cuantos helicópteros, que estaban en la azotea del edificio, la primera autoridad de la ciudad abandonó ésta en compañía de sus consejeros y del profesor.

En cuanto a las autoridades militares, intentaban aislar la zona cada vez más amplia donde la parálisis reinaba como dueña absoluta. El número de afectados por aquella extraña enfermedad crecía por momentos y los soldados empezaban a mostrarse inquietos, deseando que se les diese la orden de abandonar aquellos peligrosos lugares.

Nadie había visto ni una sola hormiga.

Los insectos permanecían completamente invisibles, actuando por sorpresa, en la sombra, sin que nadie pudiera sorprenderlos cuando actuaban rápidamente, reduciendo la parte hábil de la población a una manada de seres anodinos y paralíticos mentales.

Al salir del palacio del gobernador, Alan llevó a la muchacha a su propio coche.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella, una vez sentada al lado de su prometido.

—Vamos a salir de la ciudad. Pasaremos antes por el periódico para ver si han evacuado también el edificio. ¿Preparado, Fred?

Su amigo, que estaba sentado en la parte trasera del vehículo,

asintió con un gesto de cabeza.

—¡Cuando quieras!

El aspecto de las calles era verdaderamente desolador.

Casi todas ellas estaban vacías, desiertas, sin circulación alguna, ya que los vehículos se dirigían rápidamente hacia las salidas de Boston, cargados de gente hasta lo indecible.

Si se veía a alguien, era uno de aquellos seres parados, con la mirada vacía, que estaban quietos, inmóviles, como estatuas, mirando sin ver…

Los había de todas las edades y sexos: niños, ancianos, jóvenes. Y todos ellos ofrecían el mismo aspecto desolador.

Cuando llegaron al periódico, Alan bajó del coche. Entró en el edificio y se percató de que la orden de evacuación había llegado ya allí, ya que no halló absolutamente a nadie. Así que, abandonó el edificio.

Sólo su coche estaba en la calle y subió a él, echando una rápida mirada hacia Fred.

—Se han ido todos —dijo.

—Es natural.

Patricia preguntó:

—¿Vamos a salir ahora de la ciudad?

—Desde luego —repuso Scully—. Aquí no hacemos ya nada.

Puso el coche en marcha y avanzó, dirigiéndose a la calle 32 donde desembocaba una de las autopistas que salían de Boston. Pero al llegar a la altura de la calle 25, frenó en seco, señalando lo que acababa de ver.

—¡Mirad! —exclamó.

La amplia calle estaba completamente negra; pero aquella negrura «se movía» y era como si el asfalto hubiese cobrado vida.

—¡Las hormigas!

Sí, eran los insectos, por miles de millones, cubriéndolo todo, formando una masa imponente que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Alan cerró los puños sobre el volante, hasta que los nudillos se tornaron blancos.

—¡Ahora veréis de qué manera aplasto a esos asquerosos insectos!

Pero Patricia le sujetó por el brazo.

—¡No, Alan! —exclamó.

El la miró y frunció el ceño.

—¿Por qué no, querida?

—Porque sería nuestra ruina. Matarías muchas, sí, pero alguna terminaría por subir al coche y haría con nosotros lo que han hecho con tantos desgraciados.

—Tienes razón.

Giró velozmente, alejándose de allí a toda velocidad.

—Saldremos por la autopista del sur —dijo.

Ya no quedaba nadie en la ciudad. Sólo los afectados por la parálisis vagaban silenciosos, como autómatas, sin mirar a ninguna parte. Parecían fantasmas, almas en pena, en una ciudad de la que la vida había huido en pocas horas.

—Es espantoso —comentó la muchacha—. Parece increíble.

—Nunca pensé que pudiera suceder algo así —dijo Fred, que había tirado algunas placas, impelido por su instinto profesional.

Patricia aconsejó.

—Cuando antes dejemos esta ciudad, será mejor para todos. Ya no queda nadie más que nosotros.

Alan apretó el acelerador.

El coche iba lanzado como una exhalación. Habían dejado de funcionar los semáforos por falta de energía eléctrica, que los insectos habían cortado.

Llegaban a Wall Square, ya cerca de la autopista Sur cuando Scully frenó de nuevo, haciendo patinar las ruedas del coche, que describió una trayectoria sinuosa durante una buena docena de metros.

Exclamó:

—¡Las hormigas de nuevo!

Se extendía su masa enorme y negruzca ante ellos, ocupando totalmente la anchura de la avenida.

¡Estaban cercados!

No dijeron nada, mirando como hipnotizados la masa oscura que parecía hervir con docenas de millares de movimientos rítmicos de las negras patas.

Patricia, que estaba más acostumbrada a la observación de los insectos que sus compañeros, comprendió en seguida que se trataba de hormigas con cerebro libre de quitina. No había más que verlas,

con sus cráneos enormes, cubiertos por una especie de capa finísima y transparente que dejaba ver las complicadas circunvoluciones de lo que hasta entonces había sido su «ganglio cefálico» y que era ahora un cerebro perfecto.

—¡Huyamos! —exclamó Fred.

Alan reaccionó rápidamente, haciendo girar de nuevo el coche. No dijo nada, pero siguió un itinerario en el que tenía la esperanza de encontrar una salida.

No lo consiguió.

Cada vez que intentaba salir de la ciudad, se encontraba ante la masa imponente de los insectos que, por otra parte, parecían ir ocupando totalmente la ciudad.

Finalmente y en el centro de Boston, frenó y miró a la muchacha.

—¡No podemos salir, querida! —exclamó.

—¿Y qué haremos?

—Bajar del coche y buscar un refugio lo más seguro posible.

—¿Dónde?

Miró hacia fuera y sus ojos se vieron atraídos por la masa imponente de un edificio de quince plantas que se veía al otro lado de la plaza.

—¿Y si subiésemos allí?

Intervino Fred.

—Me parece muy bien; pero ¿cuánto tiempo podremos resistir allí arriba?

Alan dijo:

—Tienes razón. Tendremos que buscar provisiones y agua para permanecer escondidos hasta que todo esto se arregle. Pero no creo que sea difícil encontrar cosas para comer. ¡Vamos!

No perdieron mucho tiempo.

Entraron de tienda en tienda y fueron cogiendo cuanto necesitaban. Además de latas de conservas, preparados de vitaminas que tomaron de una farmacia, cargaron con botellas de leche y cerveza.

—Tengo una idea —dijo Alan—. Como los ascensores no funcionan, vamos a buscar una cuerda o un cable.

—¿Para qué?

—Muy sencillo. Tenemos aún un poco de tiempo hasta que las

hormigas lleguen aquí. Tenderemos la cuerda por el patio interior y Patricia y tú tiraréis de lo que yo vaya cargando abajo. Así conseguiremos subir al escondite muchísimas cosas que jamás conseguiríamos transportar a pie.

—Muy bien.

Trabajaron con entusiasmo y cuando el joven Fred y la muchacha estuvieron en el último piso, Alan se apoderó de la cuerda que ellos le tendieron empezando a cargar una cesta que había encontrado con todo lo que habían ido recogiendo en los abandonados almacenes y tiendas.

Alan no olvidó nada, apoderándose incluso de un potente telescopio-telémetro en una casa de óptica próxima al edificio, así como de mi buen montón de bengalas de todos los colores.

No pudo encontrar una emisora de pilas, pero ya no tenía tiempo de alejarse de allí. Cuando la última cesta empezó a subir por el patio, Alan fue a la escalera, ascendiendo por ella hasta el lugar donde sus amigos le esperaban.

El último piso de aquel edificio debía de haber pertenecido a alguien con gusto y dinero, ya que estaba amueblado con lujo y poseía dos dormitorios además de un salón-*living*, un cuarto de baño, una cocina y un depósito de víveres que no estaba ni mucho menos vacío.

La inmediata visita que los dos hombres hicieron a la terraza mientras Patricia arreglaba un poco lo que habían subido, metiéndolo en los armarios, les permitió comprobar que la suerte les había favorecido. Cuatro enormes depósitos de agua ofrecían su masa imponente allí arriba.

—Cerraremos las llaves —dijo Alan— para evitar que el líquido escape de aquí. Y así lo tendremos a nuestra disposición.

—No está mal.

Luego se acercaron con precaución al borde de la azotea desde donde se disfrutaba de una vista espléndida.

—¿Quieres subir mi telescopio? —invitó Alan.

Momentos más tarde y ya instalado el aparato, Scully echaba la primera ojeada a la ciudad.

—¡Dios mío! —exclamó.

Fred preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Casi todas las calles están completamente negras de esos asquerosos bichos. ¿De dónde habrán podido salir tantos?

—No lo sé.

—Mientras no nos descubran, podremos estar tranquilos; pero, de todos modos, tendremos que vigilar con sumo cuidado.

—Naturalmente.

—Haremos guardia en el piso de abajo. ¿Qué te parece?

—Muy bien; pero de noche, ¿cómo podremos ver si llegan las hormigas?

—Tienes razón.

—Nuestra seguridad depende de muchísimas cosas… y ninguna de ellas es lo suficientemente fuerte como para que podamos considerarnos tranquilos. Todo depende de la curiosidad de esos bichos. Si se les ocurre visitar este edificio… entonces estaremos perdidos.

Y era verdad.

—No creo que el gobierno nos abandone de esta manera.

—¿Y qué pueden hacer?

—Muchas cosas. Si el gobernador abandonó la ciudad, ordenando la evacuación, es porque pensaba tener las manos libres para actuar contra esta invasión.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Seguro que bombardearán Boston con una cantidad fabulosa de DDT. ¡No quedará esta vez ni una sola!

—Es posible que tengas razón.

—¡Naturalmente que la tengo! Además, el profesor Wilke, que es una verdadera autoridad en insectos, encontrará la manera de destruir a éstos. Recuerda que lo hizo con otras plagas y que ha cosechado muchísimos éxitos.

—Dios te oiga.

Bajaron al piso, ayudando a la muchacha en la penosa labor que se había impuesto.

—No pasaremos hambre —dijo ella, sonriendo—. Hay aquí comida para un par de meses, sin restricciones de ninguna clase.

—Pero tendremos que adoptar un régimen cuidadoso —dijo Fred—. No olvidad que no tenemos luz ni electricidad.

—No importa.

—¡Eh, mirad esto!

Era Alan quien les llamaba y se acercaron al armario que éste había abierto en el cuarto de baño.

—¿Qué hay? —inquirió Fred.

—¡Fíjate, amigo! ¡Es fantástico! Dos botes de un kilo de DDT. ¿Te das cuenta de nuestra suerte?

—No te entiendo…

—¡Pero si está clarísimo! Echaremos estos polvos en las escaleras del piso de abajo y así las hormigas no podrán pasar.

Menson sonrió.

—¡Eres un tipo grande, amigo!

No perdieron tiempo, descendiendo al piso inferior antes de que se hiciese completamente de noche. Cubrieron con el polvo de aquellos dos recipientes media docena de escalones, cuidando de no dejar espacio libre para el paso de los insectos.

—Ahora sí que podemos dormir tranquilos —dijo Fred.

Volvieron junto a Patricia que había preparado un excelente menú. Y como habían tenido la suerte de encontrar algunas velas, se permitieron el lujo, aquella noche, después de cerrar cuidadosamente las ventanas, de comer con luz.

Un silencio profundo planeaba sobre la ciudad muerta.

* * *

El doctor Albert Olson recibió la orden de evacuación de su hospital poco después de la visita que recibió y en la que pudo hablar con su antiguo compañero de Universidad, el profesor Wilke.

Olson dispuso la marcha inmediata de todos los enfermos, así como del personal sanitario a sus órdenes. Dirigiendo uno de los hospitales más importantes de la ciudad, se vio asistido, desde el principio, por el apoyo de las autoridades que pusieron a su disposición una considerable cantidad de vehículos en los que se procedía la evacuación de los hospitalizados.

Pero para Olson, una vez garantizada la salvación, de sus enfermos, lo más importante era ocuparse del que le habían llevado el profesor y su hija.

En verdad, desde el momento en que Wilke y Patricia abandonaron el hospital, Albert se había encerrado con el ayudante del profesor, examinando detenidamente su herida y estudiando la

posibilidad de realizar una intervención quirúrgica para volver a unir las fibras de sustancia blanca y gris que habían sido cortadas por las hormigas.

Era un problema apasionante.

Habiendo vivido siempre para y por la cirugía nerviosa, Olson se hallaba ante algo completamente inédito y que llamaba poderosamente su atención de hombre de ciencia.

Una observación detallada de la herida de la nuca de Stanley Larson le llevó a la conclusión de que sólo con instrumentos delicadísimos podía haberse hecho aquello. Recordó las palabras de su amigo y se imaginó el trabajo que las hormigas habían realizado con aquel hombre, penetrando en su caja craneana para llegar a la parte más noble del cerebro y seccionar las fibras que hacían posible la percepción por un lado y la puesta en marcha de la voluntad por otro.

Lewis Colper, su ayudante, no se separó de él.

—Fíjese bien —decía el doctor a su ayudante— en que la hendidura es perfecta y demuestra un conocimiento profundo de la anatomía humana.

—Pero —replicó el otro— ¿cómo es posible que esos animales conozcan la anatomía del hombre?

—No lo sé, pero la conocen. Como acaba usted de ver, amigo mío, la sonda sigue un camino perfecto, pasando junto al bulbo raquídeo, sin tocarle, para llegar a la base del encéfalo y terminar penetrando en pleno cerebro. Sólo conociendo perfectamente el camino, se ha podido evitar el rozar la médula oblonga y provocar la muerte del sujeto.

—Es cierto.

—Estos animales nos demuestran saber lo que hacen. Y si deseo operar a este hombre, principalmente porque lo considero importante por lo que pueda decir, no dejo de pensar en que al hacerlo podremos descubrir una técnica operatoria que ningún hombre se ha atrevido aún a hacer.

Fue entonces cuando les comunicaron que los casos de «parálisis» se multiplicaban constantemente.

—Es la mejor manera de eliminar a sus enemigos —dijo Olson.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Lewis.

—Muy sencillo. Esos animales demuestran una sabiduría

sorprendente. Si se lanzasen a una lucha abierta contra los hombres, ¿qué no iba a costarles? Junto a ellos, los humanos son muchísimo más fuertes y poderosos. Utilizando su método, sin embargo, consiguen convertir a sus fuertes adversarios en seres que no pueden hacer nada contra ellos. Esto me recuerda ciertas tácticas, siempre en el campo de los insectos. ¿Ha oído usted hablar de la Mantis Religiosa?

—Sí.

—Ese curioso animal paraliza a sus enemigos, seccionando las raíces de los nervios motores que emergen de los ganglios cerebrales. Convertidas en muñecos paralíticos, sus víctimas se dejan devorar vivas, sin poder oponer la menor resistencia a sus devoradores.

—¡Es horroroso!

—Sí, la vida de los insectos está llena de una crueldad que nosotros, los humanos, apenas si podemos comprender. Por eso, al enfrentarnos ahora con esa clase de seres, dotados por no sé qué misterio de una inteligencia superior, nos encontramos en una franca inferioridad.

—¿Y cómo defenderse contra ellos?

—Ya veremos. Por el momento, devolver la inteligencia y la memoria a este hombre es lo más importante. No hay que olvidar que él fue quien estuvo en el laboratorio cuando se produjo el fenómeno en las hormigas y que debe conocer parte del misterio que hizo que los insectos saliesen de su estado de larvas experimentales.

—Es cierto.

—Por eso nos lo vamos a llevar fuera de aquí. Y cuando estemos instalados en un lugar tranquilo, estudiaremos la operación que le hará recobrar la memoria y la voluntad.

El doctor, junto a su ayudante y el paciente, salió de Boston en un helicóptero que las autoridades pusieron a su disposición.

Horas más tarde, Olson y Colper estaban instalados en un modernísimo hospital de Washington, con todos los medios a su alcance para poder ensayar la primera intervención intercerebral que el hombre iba a intentar.

CAPÍTULO VI



ejando las reuniones que los militares tenían con las autoridades civiles, el profesor Wilke, acompañado por su ayudante Lothar Hiller y algunos profesores que se vieron atraídos por los acontecimientos que provocaron el desarrollo cerebral de las hormigas, se retiraron a los laboratorios que les habían sido asignados.

Arthur tuvo que contestar a miles de preguntas que sus colegas le hacían sin cesar, atraídos por aquel fenómeno singular. Poco después, ya serenados los ánimos, se hizo necesario empezar a formular un plan de trabajo para encontrar la solución que los militares reclamaban a grandes gritos.

Al principio, los más atrevidos habían hablado de bombardear Boston, destruyéndola por completo. Pero los gritos de los que sabían que más de sesenta mil paralíticos quedaban en la ciudad lograron apaciguar los ánimos de los que deseaban terminar pronto y limpiamente con la invasión de las hormigas.

Fue por eso que se pidió a los sabios que encontrasen una manera rápida y eficaz para destruir las hormigas. Por el momento, los militares se conformaban con preparar un «bombardeo masivo» con DDT y ya se estaban haciendo los preparativos para poner en marcha un gran número de aparatos, que cubrirían la ciudad con una nube de la mortífera sustancia.

Mientras el profesor Wilke y sus colaboradores trabajaban intensamente, buscando un medio de destruir los insectos. Pero, al mismo tiempo, atraídos por la grandiosidad de la experiencia, no ocultaban su deseo de hacer lo posible por apoderarse de algunos ejemplares vivos para poder estudiarlos a su guisa.

Se habló de todo. Y cuando Arthur rememoró lo que había leído sobre el profesor Telmer, uno de los profesores de Washington se levantó para interpelar a Wilke.

—Yo poseo el original de esos trabajos, profesor.

—¿Eh?

—Sí. Telmer vino de Austria a principios del siglo pasado. Publicó sus trabajos, pero guardó los originales que, por pura casualidad, cayeron en mis manos. Y junto a sus notas, hay algunas fotos. Una de ellas representa al profesor junto al hombre que le había propuesto la sustancia para lograr el éxito en su empresa.

Arthur se estremeció.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que tiene una foto de Charles Hulter?

—Sí.

El sabio mandó en busca de los documentos y momentos después todos se inclinaban alrededor de la mesa donde se exponían las fotos. Había muchas que mostraban el laboratorio del profesor Telmer, con instalaciones limpias y bien organizadas, así como muestras de las larvas que Telmer había conseguido hacer crecer hasta adquirir un tamaño considerable.

Pero Arthur no tuvo ojos más que para la foto donde estaban los dos hombres.

—¿A qué se debe esta fosforescencia que rodea la figura del visitante de Telmer? —inquirió.

—Lo ignoro. Pero debe de ser un defecto de la foto.

El profesor meneó la cabeza.

—No lo creo. Vea usted que el cuerpo de este hombre parece

reducido a puntos, como si existiese una excesiva granulación en la cartulina, cosa que no se observa en el resto de la foto.

—Y ¿qué quiere usted decir con esto?

—No lo sé. Recordemos solamente que Telmer no admitió la ayuda de este hombre.

Se encogieron de hombros.

—¡Bah! —exclamó el dueño de las fotos—. Telmer era un espíritu estrecho y supersticioso.

—Es posible.

Pero Wilke no estaba convencido de ello. Intuía algo extraño y extraordinario en todo aquello; como si el misterio de lo que estaba ocurriendo en Boston estuviese íntimamente ligado a aquella foto y la fosforescencia que se desprendía de la imagen de Hulter.

¿Quién era, en realidad, Hulter?

De todos modos, por el momento su deber era encontrar la manera de combatir a las hormigas. Y después de explicar a sus colegas lo que había conseguido en otras ocasiones, resumió:

—Creo que debemos buscar un método como los que yo empleé para combatir las plagas de los insectos en los cultivos de toda la Tierra. Si aprovechamos la lucha entre distintas especies de insectos, podremos conseguir un éxito seguro.

—¿Qué propone usted? —inquirió uno de ellos.

—Sencillamente, encontrar un enemigo de las hormigas. Hay un arácnido, por todos ustedes conocido, el Pophila, que es un gran devorador de hormigas. Es muy fácil procurarse esas minúsculas arañas, contra las que las hormigas no poseen medio alguno de defenderse. Lanzando un número grande de ellas sobre la ciudad, diezmaríamos a los invasores o acabaríamos con ellos. ¿Qué les parece?

La idea fue calurosamente aprobada y se cursaron las órdenes oportunas para recoger los arácnidos en todos los campos del país, de forma a reunir el mayor número posible y prepararlos para ser lanzadas inmediatamente sobre la ciudad ocupada por las hormigas.

La pelea gigantesca iba a empezar.

* * *

Doscientos aviones de reacción, todos ellos de bombardeo,

despegaron por oleadas de distintos campos de aviación de los Estados Unidos. Iban cargados de grandes bolsas de DDT, en cantidad suficiente para dejar sobre Boston una nube de insecticida que tardaría semanas o meses en desaparecer por completo.

Periodistas de todos los países del mundo, fotógrafos y encargados de las principales cadenas de la televisión mundial, habían conseguido plaza en algunos de los aviones, respondiendo al interés que la Tierra entera experimentaba por lo que estaba ocurriendo en América.

Reuniéndose a unas trescientas millas al sur de Boston, los aparatos, en perfecta formación, pasaron sobre campos y ciudades, atrayendo la admiración de cuantos los contemplaban.

No había duda alguna en el triunfo de aquella operación e incluso los más escépticos, entre ellos los sabios que trabajaban con las arañas en Washington, dudaron unos instantes, ya que lógicamente era imposible que, por muy cerebrales que fuesen las hormigas, pudieran resistir a lo que se les venía encima.

La imponente formación aérea avanzaba hacia la ciudad invadida.

Un mariscal de aviación mandaba aquella formidable escuadrilla. Las calas de aquellos gigantes del espacio estaban abarrotadas de sacos especiales, hechos con un tejido ligero que se desgarraría al chocar contra el suelo, proyectando con una fuerza enorme el polvo mortífero que contenían. Había sido elegida la fórmula más mortífera de DDT, conocido por entonces y las pruebas que habían sido hechas, con toda clase de insectos, pero especialmente con hormigas de todas clases, habían dado un resultado tan rotundo como satisfactorio.

El triunfo estaba en las manos de los hombres.

La masa grisácea de la ciudad apareció de repente en el horizonte y las órdenes fueron dadas a los bombarderos para que se preparasen al lanzamiento. Inclinados sobre los visores, los hombres miraron hacia la tierra, observándola a través de las cuadrículas de sus aparatos precisos, matemáticos.

La ciudad había sido dividida teóricamente en doce sectores que recibirían una cantidad idéntica de DDT. El bombardeo se haría desde seis mil pies de altura y los sacos habían sido lastrados ligeramente para aumentar la precisión de su trayectoria.

Todo había sido previsto.

Y fue entonces, cuando la ciudad era ya casi una mancha enorme en el horizonte visible, que lo inesperado ocurrió.

Fue como si un terrible infierno se hubiese desencadenado en el espacio.

Saliendo de las bases de lanzamiento, de sus rígidas rampas, los proyectiles teledirigidos surgieron de mil puntos distintos de la ciudad, buscando afanosamente, como perros furiosos, los vientres metálicos de los aparatos.

Tomados por sorpresa, los aviones poco pudieron hacer para defenderse; en realidad, recibieron los impactos en pleno fuselaje, saltando en pedazos y poniendo en el aire una nube amarillenta y persistente de DDT.

Sólo dos de los aparatos pudieron escapar de la hecatombe.

Horrorizados, los pilotos, junto a los periodistas y fotógrafos, vieron volar en pedazos, desintegrarse en el aire, a sus desdichados compañeros. Ni uno de ellos tuvo la presencia de ánimo suficiente para tomar una sola foto de lo que ocurría a su alrededor; en realidad, ninguno de ellos creyó escapar con vida de aquel tifón de fuego y de muerte.

Huyendo desesperadamente, los dos aviones se alejaron a toda velocidad y desaparecieron muy pronto entre las nubes que cubrían la parte alta del cielo.

* * *

Se despertaron muy pronto.

Los dos hombres no habían conseguido dormir mucho y lo poco que consiguieron dormitar no estuvo ni mucho menos exento de terribles pesadillas. Muchas veces, en mitad de la noche, Alan se encontró sentado en el lecho, con el cuerpo cubierto de sudor, sintiendo que el corazón amenazaba con escapársele del pecho, mirando a la oscuridad que le rodeaba con los ojos tremendamente abiertos.

Pero la luz del día trajo consigo una especie de serenidad que les inundó por completo.

—¿Y Pat? —inquirió Fred, poniéndose en pie y desperezándose.

Alan dijo:

—Debe de dormir. Déjala. Prepararemos el desayuno nosotros.
—¡Tengo un hambre!
Alan sonrió.
—Lo supongo —repuso—. Pero, antes de dedicarnos al estómago, subiremos a la terraza para echar una ojeada. ¿O has olvidado dónde nos encontramos ahora?
Menson frunció el ceño.
—¿Es que quieres quitarme el apetito?
Se dirigieron a la terraza, llevándose el telescopio. Una vez instalados allá arriba, el periodista examinó detenidamente las calles y las plazas que rodeaban el edificio.
—¡Es curioso! —exclamó, momentos después.
—¿El qué?
—No se ve ni una sola hormiga.
—¿De veras?
—Compruébalo tú mismo.
Fred tomó el aparato y comprobó que su amigo tenía razón; pero, de repente, surgió lo imprevisto.
—¿Eh? ¿Qué es eso?
—¿A qué te refieres?
Pero el otro no le escuchaba. Había soltado el aparato y empezado a bailar como un loco.
Gritaba:
—¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados!
Alan se apoderó del aparato y echó una ojeada hacia el lugar que había llamado la atención a su amigo.
Se estremeció.
Porque acababa de ver desembocar en la plaza a un grupo de soldados americanos, con casco y armados hasta los dientes. Estuvo a punto de experimentar la misma alegría que su amigo; pero sus ojos se fijaron con más detenimiento en los hombres de armas.
Y por eso se estremeció.
Era suficiente mirar sus rostros, con aquella expresión inolvidable de abandono y lejanía que había en sus ojos.
—¡Fred!
—¿Qué?
—Te has equivocado, amigo mío.
—¿Eh?

—Sí. Son autómatas.

—¡No!

—Mira tú mismo.

El otro obedeció. Y cuando separó su rostro del objetivo, la expresión había cambiado por completo.

—Tienes razón; pero ¿qué demonios significa todo esto?

—No lo sé. Aunque espera…, voy a ver una cosa.

Volvió a tomar el telescopio e hizo girar el sistema de objetivos hasta colocar el de mayor número de aumentos.

Los rostros se agrandaron, pero no era aquello lo que interesaba a Alan. Por desgracia, los cascos, incluso vistos por detrás, dificultaban tremendamente la visión. Pero tuvo la suerte que uno de aquellos desdichados se agachase, para coger una cantimplora que se le había desprendido del cinturón. Y como lo hizo de espaldas a la terraza, Alan pudo, por fin, obtener una visión completa de lo que deseaba ver.

La nuca.

Allí estaba, pegada a los cabellos del hombre, con sus seis patas negras agarradas al cogote del desdichado y su monstruosa cabeza hundida en el orificio que el periodista conocía tan bien.

—¡Qué asco!

—¿Qué ocurre?

—Ahora se explica todo —repuso Scully—. Las hormigas son las que dirigen a esos desdichados. Han metido su cabeza en el orificio que abrieron para quitarles la voluntad y ahora la controlan ellas mismas.

—¡Pero es horroroso!

—Ahora está claro el porqué dejaron con vida a los hombres. Pensaban utilizarlos a su favor; pero ¿cómo?

—¿No estarán formando un ejército para luchar contra el resto del mundo?

—No. Es imposible. Serían destrozados nada más empezar las hostilidades.

Fred preguntó:

—¿Entonces?

—No lo sé.

Y después de una pausa, tras recoger el aparato óptico, Alan dijo:

—Vamos abajo, Fred. Pat debe de estar despierta.

Y así era.

Pero la muchacha, quizás intentando alejarse un poco de la tristeza de la realidad, se afanaba en la preparación del desayuno.

Alan se acercó y la besó.

Dijo:

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

—Regular. ¿Y vosotros?

—Así, así…

Alan guiñó el ojo a su amigo, previniéndole para que no contara nada de lo que acababan de ver. Después de haberse aseado, se sentaron a la mesa y empezaron a comer.

—Lo que más me preocupa —dijo ella, después de unos instantes de silencio— es mi padre. No tiene noticias mías y debe de estar preocupado.

—Sí —repuso Alan—; pero no podemos hacer nada para prevenirle. De todos modos y como hablábamos hace unos instantes Fred y yo, no creemos que tarden mucho tiempo en liberarnos.

—No lo dudo.

Hubo un nuevo silencio.

Realmente, tanto Fred como Alan no podían olvidar lo que habían visto desde la terraza y hacían mil conjeturas distintas para responder a las preguntas que su ansiedad les formulaba.

—¿No oís nada? —inquirió Patricia, de repente.

—¿Eh? —inquirió Alan, saliendo bruscamente de su ensimismamiento.

—¿No oyes nada?

—¿El qué?

—Escuchad…

Se callaron, prestando atentamente oído. Poco a poco, un rumor lejano, que fue convirtiéndose en un silbido agudo, llegó hasta ellos.

—¡Aviones! —exclamó Fred.

—Sí.

—¡Vienen a liberarnos!

—Un momento. Subamos a la azotea.

Subieron corriendo. Y Alan se llevó el telescopio.

Una vez instalado el aparato, lo orientó hacia la fuente del ruido, no tardando en ver la nube de aparatos.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¡Qué cantidad de aviones!

Fred se inquietó.

—¿Crees que vendrán a bombardear?

—¡Naturalmente!

—Pero…

Alan se volvió sonriente hacia su amigo, cuyo rostro había perdido bastante color.

—¡No seas escupido, Menson! ¿Es que no te das cuenta de que, si nos bombardean, lo harán con DDT?

—¡Ah! Es verdad… ¡Qué idiota soy!

Rieron los tres.

Patricia se había colocado ante el aparato y observaba los aviones que se iban acercando.

—Eso significa el final de nuestras angustias —dijo Alan, hablando con su amigo—. Nos encerraremos en el cuarto y cerraremos ventanas y puertas para impedir la molestia de la nube de insecticida; luego saldremos fuera, ya que esa sustancia pesa bastante y tendremos en la terraza un lugar espléndido para respirar el aire puro de la ciudad.

Fred exclamó:

—¡Voy a hacer unas fotos!

—Tienes razón. ¡Corre!

Fred se fue y regresó segundos más tarde, manejando su cámara.

—¿No crees que irán muchachos de la prensa en los aparatos? —inquirió Alan.

—No importa. Sus fotos serán menos importantes que las nuestras. No olvides que si alguien ha de hacer un reportaje sensacional, seremos nosotros, ya que somos los únicos seres no «aparalíticos» que hay en la ciudad…

—Es cierto.

Fred filmaba a gusto.

Pero, bruscamente, el silbido de los proyectiles les envolvió por entero y la muchacha corrió instintivamente a refugiarse en los brazos de Alan.

Fred siguió filmando, pero su rostro tenía el color de la cera.

Allá arriba, en el cielo, donde los aviones eran ya perfectamente visibles a simple vista, se desencadenó un infierno horrible y el espacio pareció cubrirse de fuego y desolación.

—¡Qué horror!

Alan apretó a Pat entre sus brazos.

Y mirando el espeluznante espectáculo que tenía ante sus ojos, apretó los dientes, pensando que seres como él, hombres de carne y hueso, estaban manejando los proyectiles, lanzándolos contra sus hermanos.

Claro que aquellos hombres habían, dejado de serlo. Por algo llevaban, en su nuca, el infernal dueño que dominaba su pensamiento de autómatas.

CAPÍTULO VII


l atravesar los invisibles hilos de las células fotoeléctricas, las puertas fueron abriéndose dócilmente ante él hasta que llegó a la habitación del fondo, donde estaba el paciente.

Colper, su ayudante, volvió la cabeza al oírle entrar.

—Buenos días, Lewis. ¿Alguna novedad?

—Buenos días, doctor Olson. Usted lo verá.

Albert se acercó al lecho, echando una ojeada al sistema de complejos aparatos que rodeaban la cabecera del paciente; pero sólo uno le llamó la atención y observó el rodillo del electroencefalógrafo en el que se iba dibujando una línea quebrada de intensidad creciente.

—El ritmo parece normal —dijo, con un murmullo.

—Sí. Desde hace ya muchas horas, el ritmo se ha normalizado por completo. Lo que quiere decir que las conexiones han sido logradas.

Olson esbozó una sonrisa.

—Ha sido un trabajo difícil, amigo mío. Pero los cortes de las fibras y haces hechos por las hormigas estaban, para nuestra suerte, minuciosamente realizados, como llevados a cabo por un finísimo micrótomo. Eso ha permitido que pudiésemos «soldarlo» todo con precisión.

—¿Cree usted que la recuperación intelectual será completa?

—Confío en ello.

Hubo un silencio.

Olson echó una detenida ojeada a los otros aparatos: la tensión arterial era normal, el pulso fuerte, el ritmo respiratorio satisfactorio.

—Ha llegado el momento más importante de nuestra vida de cirujanos —dijo, volviéndose hacia su ayudante—. Hasta el momento hemos hecho muchas cosas que considerábamos importantes, pero ahora nos encontramos, por vez primera, ante un caso único. Y si hemos conseguido lo que esperamos, la vida normal será posible para todos los que han quedado en Boston en el mismo estado que este hombre.

»Aunque no es eso sólo lo que me interesa ahora. Estoy deseando que el paciente hable, porque estoy seguro de que nos dirá cosas importantísimas, que podrán servir para vencer en esta horrible batalla que el hombre mantiene contra las hormigas.

Se pasó la mano por la frente; luego, mirando fijamente a Colper, preguntó:

—¿Preparado?

—Cuando usted quiera, señor.

No requirieron ayuda alguna. Deseaban estar solos, completamente solos, ante su éxito… o su fracaso. Moviéndose de un lado para otro, empezaron a desembarazar la habitación de los aparatos que habían estado informando, desde el momento en que el paciente salió del quirófano, de la lenta pero segura recuperación de su naturaleza.

Luego, ya libre el campo, elevaron el lecho con la manivela y empezaron a desliar el complejo vendaje que cubría por entero la cabeza de Stanley Larson.

No les temblaban las manos, pero la intensidad de su emoción se leía claramente en el brillo de sus pupilas. Ambos, profesor y

ayudante, se daban cuenta de la importancia de cada uno de los gestos que estaban haciendo y de lo que de ellos podía resultar.

Cuando terminaron de quitar el vendaje, se detuvieron, mirando el rostro pálido del paciente. Éste tenía los ojos cerrados y estaba aún bajo el efecto de los barbitúricos que le habían sido administrados durante la intervención.

Olson dijo:

—Prepare la inyección.

Lewis lo hizo y esta vez, de espaldas al profesor, sus manos temblaron un poco mientras llenaba la jeringuilla con aquel líquido opalino que iba a devolver la plena conciencia al paciente.

Inyectó en vena con precisión, haciendo pasar el líquido al torrente circulatorio de Larson. Durante unos segundos nada de extraordinario aconteció; pero luego, poco a poco, el color de las mejillas del paciente fue haciéndose más rosado, su respiración se vio intensificada con suspiros profundos y continuados.

¡Hasta que abrió los ojos!

Al principio miró con las pupilas inmóviles el techo, la lámpara; después, decidiéndose, movió la cabeza de un lado para el otro, hasta que sus ojos tropezaron con los dos médicos, que le miraban atentamente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido? —inquirió.

Olson se acercó aún más, sonriendo.

—No se preocupe, señor Larson. Los malos momentos han pasado.

Stanley frunció el ceño.

—¿Qué malos momentos?

El médico y el ayudante cruzaron una rapidísima mirada. Por un momento, les sobrecogió el temor de que hubiesen hecho mal las conexiones y que la memoria de aquel hombre se viese alterada.

Pero Olson, decidido a salir de dudas, dijo, sin dejar de sonreír:

—Usted estaba en el laboratorio del profesor Wilke, en el Instituto Entomológico de Boston, justo cuando las hormigas…

—¡No! ¡No diga más!

La expresión de su rostro había cambiado como por ensalmo y ahora se leía un terror indecible en ella.

—¿Lo recuerda?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Tuvieron que esperar un par de minutos a que el hombre ordenase sus ideas; después Larson, ya más tranquilo, preguntó:

—¿Qué ocurrió en el laboratorio?

—Algo muy grave. Las hormigas salieron del autoclave y terminaron por apoderarse de la ciudad, que fue evacuada.

—Entonces ¿dónde estamos?

—En Washington.

—¿Y el profesor?

—También está aquí.

Hubo una nueva pausa.

—Fui un estúpido al aceptar la ayuda de aquel hombre. ¡Él es el culpable de todo!

—De eso queríamos precisamente hablar —dijo Olson—. ¿Qué ocurrió exactamente?

Larson hizo un detenido relato de todo cuanto había acontecido, desde su encuentro con Charles Hulter, en la taberna, hasta el momento en que aquel hombre le había facilitado la fórmula para desarrollar normalmente el plan del profesor sobre las hormigas, sin que éstas muriesen por desecación.

Olson le escuchaba atentamente.

—Bien —dijo después—. No se preocupe usted. Se han tomado las medidas pertinentes para destruir a esos insectos.

No quiso comunicarle, por el momento, el fracaso que los hombres habían tenido al intentar bombardear con DDT la ciudad ocupada por las hormigas.

—Creo —dijo después de haber dado una versión suave e inexacta de la verdad— que lo mejor será que llamemos al profesor Wilke para que hable con usted. ¿No le parece?

Larson dijo:

—Sí. Estoy deseando verle.

Olson envió a su ayudante para que telefonease al profesor quien se presentaba en el hospital media hora más tarde. Al verle entrar en la habitación, Larson no pudo evitar un estremecimiento.

Pero Arthur se mostró amable y comprensivo, escuchando atentamente todo lo que le contó su ayudante. Pero cuando Larson llegó a pronunciar el nombre del desconocido que le había facilitado la fórmula. Wilke, mirándole fijamente, insistió:

—¿Está seguro de que se llama así?

—Sí, señor. Su nombre es Charles Hulter.

—Es extraño…

—¿Por qué?

—Pronto lo comprobaremos. ¿Sería usted capaz de reconocerlo si lo viese en una fotografía?

—¡Naturalmente! Nunca olvidaré su rostro.

—Bien.

El profesor abandonó la estancia un momento, poniéndose en comunicación con el laboratorio donde se seguía trabajando en la preparación de las arañas destinadas a destruir las hormigas.

Y cuando tuvo a Hiller en el otro extremo del hilo, le ordenó:

—Oye, Lothar. Haz el favor de coger el original del profesor Telmer y traerlo aquí al hospital, en seguida.

—Bien, profesor.

Wilke, una vez que llegó su otro ayudante, mostró la foto a Larson. Éste asintió antes de decir:

—Sí, es él.

—¿Seguro?

—Completamente. Aquí lleva otro traje, pero es el mismo sin ninguna clase de duda.

Arthur se volvió a Olson, que asistía silenciosamente a la escena.

—¿Se da usted cuenta, Albert?

—¿De qué?

—¡Es para volverse loco! Porque esta foto fue hecha, exactamente, hace ahora ciento dos años.

—¿Eh? ¡Es imposible!

—Ojalá lo fuese.

—Pero…

Wilke no le escuchaba.

Había entornado los ojos y parecía profundamente hundido en un ensimismamiento que le absorbía por completo.

—Estamos —dijo luego, como si hablase consigo mismo— ante un caso mucho más importante de lo que creíamos. Todo lo ocurrido ha emanado de este hombre —y golpeó con el dedo la vieja fotografía—. Lo que nos queda por explicar es cómo es posible que el mismo individuo haya podido ofrecer sus servicios a dos hombres que han vivido en un siglo distinto.

—¿No será que ambos se parecen mucho? —inquirió Olson.

—También he pensado en eso, querido amigo. Pero dadas las extraordinarias circunstancias de lo que está ocurriendo, tenemos que prepararnos para creer en cosas extrañas, inverosímiles… pero no por eso menos ciertas.

—¿Cree usted, entonces, que ese… hombre ha sido capaz de vivir más de cien años?

—Muchos más, ya que la foto lo reproduce exactamente como Larson lo ha visto. Además, creo que empiezo a ver claro y que este individuo nos demuestra que ha estado siempre preocupado con las hormigas. Hace cien años ofreció sus servicios a Telmer y éste no los aceptó, movido, ahora lo sabemos, por una rara intuición que, por aquel entonces, salvó a la humanidad de la triste experiencia por la que pasa en estos momentos.

»El fracaso con Telmer no debió arredrarle y la prueba es que, un siglo más tarde, aprovecha la ocasión que se le presenta y logra convencer a uno de los hombres que trabajaban en el mismo proyecto de Telmer… —miró a su ayudante, intensamente, con fijeza—. ¿Por qué aceptó usted la fórmula, Larson?

Stanley bajó la mirada, permaneciendo unos instantes en silencio; luego, mirando de nuevo a su jefe, manifestó:

—Debo decirlo, profesor. Ya poco importa el desprecio que todos ustedes sentirán por mí, pues me lo merezco. Si acepté los servicios de ese hombre es porque quería llamar la atención de su hija.

—¿De Patricia?

—Sí. Me dolía mucho que no me hiciese caso y estaba dispuesto a cualquier cosa por atraerla hacia mí. Por eso, cuando Charles me ofreció la fórmula que nosotros estábamos buscando tan ansiosamente, creí que había llegado mi momento y que Patricia vería en mí al hombre que había descubierto algo importante para la humanidad entera.

El profesor se mordió los labios.

—Comprendo. Creo, para su tranquilidad, que yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—¿De veras, señor?

—Sí. Pero no es eso lo que nos importa ahora. ¿No se dan cuenta que debemos descubrir a ese individuo? Hemos fracasado rotundamente en el ataque a las hormigas y éstas, después de

extenderse por todo el estado de Massachusetts, han invadido el de Connecticut y amenazan entrar en el de Nueva York.

—¡Dios mío! —exclamó Larson, estremeciéndose de horror—. No sabía que la situación fuera tan grave.

—Sí, amigo mío —repuso el profesor—. De nada han servido las medidas tomadas hasta ahora. Y lo más terrible es que, por lo que ha ocurrido, sabemos que las hormigas han utilizado a los hombres después de paralizados. La destrucción de los aviones que intentaron bombardear Boston con DDT fue obra de hombres que, bajo las órdenes de las hormigas, utilizaron las rampas de lanzamiento de los cohetes teledirigidos.

—¡Qué horror!

—No conocemos aún los proyectos de los insectos, pero hay quien piensa que lo primero que desean es «liberar» a los miles de billones que hay en el país. ¿Se imaginan lo que será de la Tierra cuando la totalidad de las hormigas existentes en nuestro planeta se hayan convertido en seres de inteligencia privilegiada?

»La especie humana dejará de ser la rectora en este mundo. Seccionadas sus fibras de asociación, reducidos a meros autómatas, los humanos pasarán, naturalmente, a ser los obedientes y dóciles esclavos de los insectos que se habrán convertido en los dueños de todo.

»Ahora bien, la otra fase del problema, la más importante acaba de aparecernos ahora; porque, ¿qué hubiese sido de las hormigas de no haber sido ayudadas por ese misterioso personaje que parece pasearse por los siglos en busca de una ocasión propicia de ayudarlas?

—Pero —intervino Olson—, ¿por qué no lo hizo él mismo? Conocía la sustancia y podía haber penetrado en el Instituto, cuyo acceso era fácil, para verter la sustancia en el interior del autoclave. ¿Por qué no lo hizo? Igualmente creo que le hubiese resultado fácil de robar al profesor Telmer, hace un siglo, provocando la liberación de las hormigas.

—Es una pregunta acertada, doctor —repuso Wilke—. Pero, desdichadamente, no podemos contestarla… al menos por ahora.

—Es bien extraña la actitud de ese misterioso Charles Hulter.

—Sí. Y todo puede resolverse si lo encontramos.

—¿No le parece a usted que será enormemente difícil?

—De acuerdo. Pero no he dejado de pensar, desde que vi esa foto, en la fosforescencia que posee la imagen de este hombre. Por eso he escrito a uno de mis amigos en Nueva York, un verdadero técnico en física y fotografía, hablándole del caso y remitiéndole una copia de esta foto.

—¿Cree obtener algo positivo?

—No lo sé aún. Pero debemos intentarlo todo. Estoy seguro de que si consiguiésemos echar la mano encima a ese misterioso personaje, encontraríamos la solución del agobiante problema que nos acucia en estos momentos.

Momentos después, tras haber tranquilizado a Larson, agradeciéndole los preciosos detalles que había proporcionado, el profesor y Hiller abandonaron el hospital, antes de que Stanley tuviese tiempo de preguntarle por Patricia.

Wilke había preferido huir de aquel tema. En realidad, sin noticias de su hija, estaba hondamente preocupado por ella; pero, en el fondo, sin saber exactamente por qué, confiaba en el joven periodista que le había prometido cuidar de ella como de sus propios ojos.

* * *

Los dos hombres en la cámara oscura, trabajaban intensamente. La luz rojiza daba a sus rostros aristas imprevistas y un color de fragua parecía reinar allí dentro.

Utilizando toda clase de reactivos, la foto enviada por el profesor Wilke había sido examinada desde todos los puntos de vista. Y después de horas de trabajo ímprobo, parecía que ahora se había conseguido algo positivo, lo suficiente para hacer que Carl Mester, el jefe de aquel formidable laboratorio, sonriese satisfecho.

—Creo que estamos llegando a algo positivo, Thompson.

Jimmy asintió, con un gesto de cabeza.

—Sí. Pero los resultados nos van a llevar a conclusiones extrañas.

—Desde luego.

Sacó una copia de uno de los baños, llevándola después ante una placa iluminada.

—Pon los infrarrojos —dijo a su ayudante.

Jimmy obedeció y la imagen que acompañaba al profesor Telmer, en la célebre foto tomada cuando Charles Hulter le visitó, desapareció como por ensalmo.

—¿Lo entiendes, Jimmy?

—Apenas.

—Sin embargo, es sencillo. Los rayos infrarrojos captan las fuentes de calor, por muy débiles que sean éstas. Fíjate en la intensidad de la imagen del profesor Telmer.

—¿No es la normal?

—En efecto.

—Entonces, ¿y el otro?

—Los infrarrojos no lo han captado, prueba evidente de la ausencia absoluta de calor en su cuerpo.

—Pero…

Carl sonrió.

—Sí, ya sé lo que vas a decirme, muchacho. Pero, por ahora, no quiero llegar a conclusiones prematuras. Haz marchar ahora los ultravioletas.

—Bien.

Cambió el haz de rayos y la imagen del profesor desapareció por completo al tiempo que la de su visitante se recortaba con una nitidez completa.

—¿Te das cuenta, Jimmy? —exclamó Mester con un gesto de triunfo—. ¡Ahora ya no hay duda alguna!

—¿De qué?

—De la constitución de ese ser extraño. Como sabes, los ultravioletas permiten descubrir la estructura de los cristales.

Jimmy abrió los ojos como platos.

—¿Quiere usted decir, señor —inquirió, con un tono de emoción en la voz—, que ese hombre es de cristal?

—En efecto, aunque dicho así parezca extremadamente raro. Lo que ocurre es que el organismo de este misterioso personaje posee una estructura cristaloide… lo que quiere decir que no es vivo como nosotros.

—¿Eh?

—No te asombres. Sabes muy bien que las estructuras vivas más elementales son los «virus» y que éstos no son más que cristales dotados de vida. A esa clase pertenece el llamado Charles Hulter.

—¡Pero si tiene forma de hombre!

—¿Y eso qué quiere decir? Se trata de una adaptación óptica, lograda gracias a la imperfección de nuestro ojo. La apariencia humana de ese ser ha sido lograda hábilmente, por métodos que desconocemos, pero su estructura íntima ha sido descubierta gracias a los ultravioletas, demostrándonos, sin ningún género de duda, de que no se trata de un ser humano, sino de una especie de virus gigantesco que procede de un mundo que no es el nuestro.

—¡Es espantoso!

—Sí, pero al mismo tiempo interesantísimo. Pensaba comunicar mis resultados al profesor Wilke, pero lo que hemos descubierto cambia por completo mis planes.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ir a Washington inmediatamente. Lo que acabamos de descubrir es demasiado importante para comunicarlo por teléfono. Además, el profesor necesitará pruebas para que las autoridades del país crean en él. ¡Fue una idea maravillosa el haberme enviado la copia de la foto!

—Debió llamarle la atención el halo que rodeaba a la imagen de esa extraña criatura.

—Evidentemente, amigo mío. Y si Charles Hulter apareció junto al profesor, cometiendo un tremendo error al dejarse fotografiar, fue porque la conjunción de ultravioletas que hay en el aire de la Tierra, permitió, sumados a las demás radiaciones, esta imagen un tanto borrosa y especial. Hulter no sabía que había caído en la trampa y que cien años más tarde, nosotros, dos hombres amantes de la fotografía, íbamos a descubrir el misterio de su naturaleza, proporcionando una solución que, es muy posible, sea la que nos libre del peligro que nos amenaza ahora.

—¡Ha sido una suerte!

—Sí. Prepara los aparatos de comprobación y vámonos. Ya estoy deseando de comunicar la buena nueva al profesor Wilke.

CAPÍTULO VIII



evantó Ikson sus sensibles antenas, moviéndolas en todos los sentidos. Su potente cerebro trabajaba intensamente, en seis planos distintos, haciendo coincidir los detalles pluriespaciales con una facilidad que hubiese hecho palidecer de horror al mejor de los telépatas.

No se habían engañado los hombres de ciencia al crear la hipótesis de un «alma colectiva» en las hormigas. Observando detenidamente las idas y venidas en el hormiguero y la extraña comunicación que, salvando el espacio, parecía existir entre los miembros de aquella colectividad, llegaron a la conclusión de que sólo un espíritu colectivo podría explicar hechos tan curiosos como el que obreros y soldados acudiesen prestamente a un lugar de peligro, situado a muchos metros del hormiguero.

¿Telepatía?

Era imposible, ya que la constitución del cerebro de las hormigas no poseía la complicación necesaria para poseer esos

poderes. Ahora, si el cerebro de todas ellas estaba íntimamente unido, formando una unidad completa, la comunicación de individuo a individuo quedaba explicada fácilmente.

Ikson, que no era más que una parte del cerebro general de todas las «liberadas», gozaba de la contemplación de miles de cosas a la vez, pudiendo ver por los ojos de todas, de la misma manera que cualquiera de ellas podía hacerlo por los suyos.

También sentía palpitar las ideas de millones de compañeras que se movían lejos de allí, a una distancia casi astronómica para su medida corporal. Y el conjunto, marchando al unísono, sin individualidad posible, respondía mansamente a un plan general que emanaba al mismo tiempo de todas y cada una de ellas.

Igualmente sencillo era para Ikson percatarse de lo que estaban haciendo los cientos de millares de hombres que habían sido «desconectados» de su peligrosa e incomprensible personalidad intelectual. Para las hormigas, el descubrir que sus enemigos poseían un «alma individual» había sido la mejor de las noticias, ya que tal cosa presuponía la existencia de un libre albedrío y, por ende, de la duda, la falta de sometimiento, la particularidad y otros absurdos que se desprendían de la posesión de una personalidad para cada individuo.

¡No era extraño que aquella raza humana no hubiera llegado a entenderse nunca y que continuase luchando entre ella, deshaciéndose en guerras y violencias, separada por los abismos que la individualidad abría entre los miembros de una misma sociedad e incluso entre los de una misma familia![1].

Ikson estaba segura del triunfo final. Los hombres se encontraban en situación de inferioridad y cuando habían descubierto sus pobres medios de comunicación: el teléfono, la radio y la televisión —¡elementales y primitivas copias de la mente colectiva de las hormigas!— se había dado cuenta de que estarían atados de pies y manos en cuanto las fuentes de energía que hacían funcionar esos métodos desapareciesen de la superficie de la Tierra.

Bastaba destruir los aparatos y sistemas productores de la energía eléctrica para alejar definitivamente a los hombres, creando entre ellos un abismo de distancia que les dejaría sin defensa ante el enemigo, dotado éste de medios más poderosos. Aislados, los hombres se convertían en presa fácil.

Si hubiese podido sonreír, Ikson lo hubiese hecho. Porque sus proyectos, los de todas las hormigas, eran los de acabar con los humanos, convirtiéndolos en dóciles esclavos, para buscar después a los que misteriosamente las habían ayudado a liberarse.

No escapaba a las hormigas que los seres que habían proporcionado la fórmula para el desarrollo de su cerebro desarrollaban un doble juego. Y que cuando se hubiesen apoderado los insectos del planeta, los otros aparecerían para reducirlos y dominarlos a su vez.

Pero, por ahora, eran los humanos los que interesaban. Y, precisamente, en aquel mismo instante, Ikson estaba recibiendo las palpitaciones informativas de unas compañeras que acababan de descubrir, en una casa de Boston, la existencia de tres humanos que habían escapado a la «parálisis» y que habían conseguido escapar a la vigilancia de las hormigas.

La orden colectiva de capturarlos y reducirlos fue dada.

* * *

—Otra noche más —dijo la muchacha.

Miró melancólicamente hacia la ventana, por la que la luz, cada vez más débil, venía ya como cansada bajo el pesado fardo de las sombras que la ocupaban casi por completo.

Patricia suspiró.

—No hay esperanza —dijo, después de unos instantes de silencio —. Estas bestias han salido victoriosas y terminarán ocupando la Tierra entera.

—No debes hablar así, querida —repuso Alan—. Los hombres deben estar preparando un ataque mejor dirigido, más eficaz. Y esta vez no escaparán.

—No te hagas ilusiones, Alan. También yo tenía esperanza al principio, pero ahora, después de lo que hemos visto, hemos de rendirnos a la evidencia. ¡Son más inteligentes que nosotros y están mucho mejor organizadas que los hombres!

Scully se movió, inquieto.

—¡No puede ser! Después de todo, no son más que animales y su destino no puede ser el nuestro. Su limitación durante milenios, no puede desaparecer así como así.

—Es su oportunidad —insistió la joven—. Y ellas no son tan estúpidas como nosotros para dejarla pasar sin aprovecharla. Ya has visto lo que nos espera. Reducidos a esclavos, los hombres serán incapaces incluso de pensar. Y si no piensan, si su mente no funciona libremente… ¿cómo escapar al cepo que ha caído sobre ellos? Cuando todas las hormigas del mundo gocen de los privilegios que éstas tienen, ¿quién podrá detenerlas? Bien es verdad que no poseen manos para trabajar y hacer máquinas e instrumentos de toda clase. Pero poseen las nuestras, las manos maravillosas del hombre que estarán incondicionalmente a su servicio.

—¡Basta! —estalló Fred, que no había despegado los labios hasta entonces—. ¡Basta! ¡Yo ya no puedo más! Y creo que lo mejor es salir para luchar, sea como sea, aplastándolas por millares, esperando la muerte mejor que quedarse aquí.

—No pierdas los estribos, amigo mío. Hay que tener paciencia. Y pensar que mientras nosotros nos desesperamos aquí, hombres de ciencia, preparados maravillosamente y con toda clase de medios a su alcance, estarán trabajando día y noche, sin descanso, buscando una manera de terminar con esta horrible situación.

—¡Si la encuentran!

—¡Claro que la hallarán!

La muchacha se levantó.

—Voy a dormir —dijo—. Es la única manera de escapar a esta horrible tensión y no volverme loca. Por lo menos, en sueños, vuelvo a ser la de antes y consigo olvidar la realidad. ¡Hasta mañana!

—Adiós.

Se quedaron solos, aunque lo estaban incluso cuando se hallaban reunidos los tres: era una soledad moral, mil veces peor que la real. Porque la desesperación y la impotencia ponían toda la amargura de un porvenir que se les antojaba, con toda razón, sin salida posible.

—Yo también me voy a la cama —dijo Fred.

Pasó al dormitorio y Alan se quedó allí, con los ojos entornados, sin ver la oscuridad creciente que le iba rodeando. Pensaba en muchas cosas, en la promesa que le había hecho al profesor respecto a Pat, en la lucha que la humanidad tenía empeñada

contra aquellos malditas insectos, en el porvenir dudoso de la raza humana…

La fatiga le fue ganando poco a poco.

Cuando se quedó dormido, cayó pesadamente en un sueño profundo. Y como sus amigos, buscó en la fantasía de los sueños una escapatoria a la realidad, hundiéndose en el mundo agradable de los recuerdos, cuando las cosas eran muy diferentes.

Hacía días que no vigilaban la escalera ni subían a la azotea. La monotonía de la ciudad desierta había terminado por agotar todas las reservas de atención posible.

Por eso, no se percataron de la llegada de media docena de hombres que, silenciosamente, subieron por las escaleras llevando en su nuca a los dueños de sus almas. Salvando así el amplio espacio que Alan y Fred habían cubierto con DDT, las hormigas, a «caballo» sobre los humanos sometidos, pasaron al último piso, descabalgando entonces para penetrar por debajo de la puerta y avanzar, dueñas del silencio, hacia el hombre que dormitaba en el salón.

Una de ellas subió por el cuerpo de aquel humano, colocándose en su nuca, apoyándose en sus impalpables patas. Luego, decidida, tras haber reconocido con las antenas ultrasensibles el lugar elegido, hundió el aguijón, vertiendo el líquido que iba a paralizar instantáneamente al hombre, permitiendo, en pocos minutos, que las patas y las mandíbulas hicieran el resto: un túnel estrecho y limpio que llegaría hasta la base del cerebro para cortar allí las fibras que le convertirían en un esclavo más.

Toda aquella portentosa operación quirúrgica no duró, en total, más de seis minutos. Pero mientras otras hormigas hacían lo mismo en los cuerpos de la muchacha y del otro hombre que dormía en la habitación del fondo.

Saliendo del sueño, los tres se pusieron en pie, con sus correspondientes dueños en la nuca, dirigiéndolos hacia el exterior del apartamiento. Bajaron junto a los otros humanos.

Y lejos de allí, en la vanguardia de las que avanzaban lenta más seguramente hacia el vecino Estado de Nueva York, después de haber ocupado la totalidad del de Connecticut, Ikson se sintió complacida al saber, instantáneamente, que los tres rebeldes humanos habían dejado de serlo para convertirse en tres esclavos

más.

¿Cómo iba a dudar de la victoria?

* * *

Se habían reunido en el Pentágono. Doscientas personas, pertenecientes a las más distintas jerarquías sociales, militares, profesores de todas las especialidades, ingenieros… Gran parte de los miembros del Congreso, así como asesores internacionales que habían llegado de todas partes del mundo para contribuir con su sincero apoyo a la defensa no ya de los Estados Unidos, sino del resto del planeta.

A puerta cerrada y en el mayor de los secretos, sin permitir que ninguna organización informativa penetrase en el hemiciclo, los componentes de las distintas comisiones de trabajo iniciaron sus ponencias, hasta que le llegó el turno al profesor Wilke que, ayudado por Mester, se lanzó a la exposición de los hechos que habían llegado a descubrir la naturaleza de la extraña criatura que parecía moverse por el tiempo y el espacio con una facilidad asombrosa.

Carl hizo una exposición detallada de sus métodos de trabajo, proyectando ampliaciones de la foto que había sido hallada en el libro original del profesor Telmer. Demostró, de una forma fehaciente, la acción de los rayos ultravioletas en las «naturalezas» cristalinas, llegando a la conclusión de que aquel raro individuo, que se hacía llamar Charles Hulter, no pertenecía a la raza humana y que debía tratarse de un ser llegado a la Tierra, de riguroso incógnito con la poco noble idea de destruir la civilización humana.

Luego el profesor Wilke tomó la palabra.

—Nos encontramos —empezó a decir— en una encrucijada cósmica. Hemos recibido, sin saberlo, la visita de una o varias criaturas espaciales que, por un motivo que desconocemos aún, no han podido atacarnos deliberadamente desde su llegada a la Tierra. Es muy posible que sean incapaces de hacerlo directamente y que hayan buscado una manera de dominarnos y destruirnos, no pudiéndolo hacer cara a cara.

»La visita, hace un siglo, poco más o menos, al profesor Telmer, nos demuestra que habían encontrado la única manera de poder

atacarnos de refilón, indirectamente. No sabemos aún por qué eligieron las investigaciones de Telmer sobre las hormigas y por qué lo han repetido con mi ayudante Larson, consiguiendo finalmente lo que se proponían.

»La liberación cerebral de las hormigas no es, después de todo, más que un instrumento en manos de esas criaturas. Esperan, sin duda, que nuestra especie sea sometida por los insectos para entonces apoderarse de las riendas de un poder que no hubiesen logrado directamente por falta de medios.

»Por lo tanto, si deseamos salvarnos, hemos de dirigirnos a la “cabeza” de esta confabulación. Ellos proporcionaron a Larson el medio de liberar a los insectos para destruirnos: ellos podrán, deberán, proporcionarnos la manera de acabar con esta horrible pesadilla. Mi colaborador y compañero, el señor Carl Mester, va a ofrecerles un plan encaminado a la captura de nuestros verdaderos agresores.

Se podía mascar el silencio cuando Carl subió una vez más a la tribuna.

—No hay —dijo el hombre— más que un medio, costoso y complicado, para descubrir a esas criaturas cristaloides: utilizar la única arma sensible a su especial constitución. Yo propongo que miles de proyectores de rayos ultravioleta, adaptados a cámaras fotográficas, entren en funcionamiento inmediatamente, por todas partes, utilizando toda clase de medios: aviones, helicópteros, automóviles, barcos. Hay que recorrer no sólo los Estados Unidos sino el resto del mundo. Si hace falta movilizar millones de hombres, lo haremos, pero tenemos que descubrir el lugar en que esa criatura cristaloide se esconde. Si lo logramos, podremos salvarnos; si no lo conseguimos, no nos queda más porvenir que el de desaparecer como raza rectora en este planeta.

No dijo más.

Había hablado lo justo, lo suficiente. Y todo el mundo comprendió que aquel hombre les ofrecía parcamente la única solución posible. No era ocasión de perder tiempo. Por eso, con una rapidez que demostraba el ansia de salvación que palpitaba en el hombre, el método preconizado por Mester fue puesto en marcha con una rapidez asombrosa.

Aquella misma tarde fueron adaptados, en todos los países del

mundo, millones de aparatos de rayos ultravioleta a las cámaras fotográficas que se pusieron en manos de hombres y mujeres, dotándolos de todos los medios de transporte para recorrer, en el menor tiempo posible, la totalidad de la Tierra, sin dejar ni un solo rincón donde las extrañas criaturas pudieran haberse escondido.

Pero ni Wilke ni Mester se habían equivocado en sus pronósticos. Ambos habían dicho, desde el principio, que era muy posible que los «virus» de apariencia humana se encontrasen en los Estados Unidos y no muy lejos de la zona ocupada por las hormigas y que se acercaba ya peligrosamente a la ciudad de Nueva York.

En efecto, un piloto civil, que viajaba en un helicóptero, con la cámara para fotos con ultravioleta, comunicó, en las primeras horas de la noche, haber obtenido unas placas interesantes que revelaban la existencia de «cristales de gran tamaño».

El lugar resultó ser una granja abandonada, cerca del mar y al sur de Providence. Cuando el profesor recibió la comunicación, una sonrisa de triunfo apareció en sus labios. Y junto a Carl y los ayudantes de ambos, protegidos por tres vehículos con soldados armados hasta los dientes, abandonaron Washington dirigiéndose velozmente hacia el norte.

No era importante el número y la potencia de las armas de los GI que acompañaban a los expedicionarios, sino el contenido de un enorme camión, herméticamente cerrado, que seguía a los vehículos ligeros.

Allí residía la «sorpresa» que el profesor Wilke reservaba a los audaces invasores del espacio.

CAPÍTULO IX



l grupo de vehículos se detuvo unos instantes en la carretera mientras Mester, provisto de un emisor de ultravioletas, examinaba detenidamente el lugar. No tardó en esbozar una sonrisa de satisfacción, regresando junto al coche en el que se encontraba el profesor Wilke. —¿No ha habido error?— inquirió éste, con una punta de ansiedad en la voz.

—No. Están ahí.

—Sí. Hay tres masas cristalinas.

—Bien. Creo que no podemos perder el tiempo. —De acuerdo. Vamos.

Los dos ayudantes se encargaron de sacar del camión un largo tubo, cuyo extremo tenía todo el aspecto de un aspirador de los de uso doméstico. Teniéndolo sujeto en las manos, tiraron del tubo, que debía de estar enroscado en el interior, ya que cedió con facilidad.

Mientras los soldados a las órdenes de su jefe, se desplegaban,

con las armas dispuestas para proteger a los hombres de ciencia. Wilke sabía que aquella fuerza era inútil, pero no quiso decir nada.

Avanzaron.

La granja estaba a unos doscientos metros de la carretera y parecía tenerse en pie por puro milagro. En muchos sitios, sus paredes estaban inclinadas en una posición de desequilibrio que costaba mucho comprender.

—¿Se da usted cuenta de cómo está esa casa, profesor?

—Sí, amigo mío. Es muy raro. ¿Quiere usted volver a comprobar con los ultravioletas?

—Sí.

Se detuvieron unos instantes y momentos más tarde, Carl, volviéndose hacia el profesor, afirmó:

—Siguen ahí. No se han movido.

—Bien.

Reanudaron la marcha. Los soldados habían rodeado por completo la granja y seguían atentamente los movimientos de los cuatro hombres que ya estaban junto a la puerta.

Wilke, que iba a la cabeza del grupo, se apoderó del pomo, tirando suavemente hacia él. La puerta cedió con facilidad, pero sólo para descubrir una superficie metálica y brillante.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Arthur.

Mester se acercó a él.

—¿El qué, profesor?

—Fíjese. La casa ha sido burdamente apoyada, después de ser desmontada, sobre esta estructura metálica. Por eso parecía que se sostenía en el aire de una manera rara. Desmontaron la granja para camuflar esto.

Mester preguntó:

—¿De qué se trata?

—De una astronave. Ahora ya podemos estar seguros, si aún teníamos alguna duda, de que estos seres vinieron del espacio.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Es un problema con el que no contábamos. Tendremos que enviar a Jimmy a la próxima ciudad para que venga con un equipo autógeno. No tenemos más remedio que esperar a que abran esta lata de sardinas.

—Comprendido.

Mester dio las órdenes oportunas y uno de los vehículos militares salió disparado, volviendo media hora más tarde con tres hombres y un equipo completo de autógeno-acetileno.

Wilke les señaló el lugar descubierto por la puerta.

—Hay que abrir un agujero ahí mismo —dijo—. Y lo antes posible. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Los hombres se pusieron a trabajar febrilmente. Pronto surgió una llamarada azul en los bordes y amarilla en el centro que lamió rabiosamente la brillante superficie metálica.

Pasaron unos minutos.

Hasta que el jefe del equipo se acercó al profesor y a Mester.

—Lo lamento, señores —dijo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Wilke.

—No hay nada que hacer. Ese metal no cede. Es inútil.

Arthur frunció el ceño.

—Está bien. Detenga el soldador y retírese con sus hombres.

Obedeció el otro. Carl preguntó:

—¿Qué haremos ahora, profesor?

—Vamos a instalar un sistema de micrófonos por contacto. Hablaremos con ellos y les instaremos a que abran si no quieren que utilicemos, desde el principio, los grandes medios.

Poco después, Wilke sostenía en su mano derecha el micrófono, cuya ventosa ulterior estaba pegada a la superficie metálica.

—Sé que entienden mi lengua —dijo—. Les conmino a abrir si no desean ser destruidos inmediatamente. No quiero hacerles daño alguno, sino simplemente hablar con ustedes. ¡Les doy un minuto para decidirse!

Dejó el micrófono y se volvió hacia Mester.

—Veremos —dijo.

—¿Cree que obedecerán?

—Es muy posible que lo hagan. A pesar de ser vidas elementales, poseen, como todos los seres vivos del universo, un instinto de conservación más fuerte que el deseo de resistir. Esperaremos.

La tensión llegaba a su grado máximo. Los hombres miraban aquel pedazo de metal que brillaba. El silencio era completo y sólo podía oírse la respiración contenida de los que asistían a la escena.

Finalmente, cuando Arthur veía que la manilla de su segundero

llegaba casi al término del tiempo que les había concedido, un chasquido suave se dejó oír, seguido casi en seguida por un ligero movimiento de la superficie del metal que terminó por dibujar una abertura de gran tamaño, mucho más grande que la puerta de la granja que la recubría.

—Ya está —suspiró Carl—. Han obedecido.

—Vamos.

El otro le miró con inquietud.

—¿Ahí adentro? —inquirió, con inseguridad en la voz.

—Sí. No creo que ellos salgan. ¡Lothar!

—¿Señor?

—Pasa detrás de mí y no sueltes el aparato.

—Bien, profesor.

Arthur avanzó decidido y pasó por la puerta, seguido por su ayudante que sujetaba el extremo ancho del tubo que salía del camión. Vacilando unos instantes, Mester terminó por decidirse y avanzó a su vez, para penetrar detrás de Hiller en el interior de la nave.

Jimmy, su ayudante, le imitó también.

El interior de aquel aparato espacial imponía no sólo por sus dimensiones sino por la cantidad de aparatos complejos que cubrían sus paredes. Los tres seres, con perfecta apariencia humana, estaban en el fondo, de pie, mirando con extrañeza a los humanos que habían penetrado en el recinto de su nave.

Wilke los contempló en silencio, reconociendo en seguida a Charles Hulter, el hombre que se había movido por el tiempo con una facilidad pasmosa.

Decidido, rompió el silencio que pesaba ya como una losa de mármol sobre ellos.

—Hemos venido —dijo, con voz firme— a que nos den ustedes la solución para terminar con el problema de las hormigas, que ya es acuciante.

Hulter esbozó una sonrisa.

—¿Cómo nos han descubierto?

—Por su naturaleza cristaloide. Usted cometió el error de dejarse fotografiar junto al profesor Telmer. Y su organismo reflejó en la placa su especial naturaleza. ¿Cómo se hizo aquella foto?

El otro se encogió de hombros.

—La hizo la hija del profesor.

—Comprendo.

—Pero, a pesar de mi error, no creo que sea posible que les demos solución alguna. Están ustedes perdidos y han de ceder. La especie humana ha dejado de ser lo que era.

—Y ustedes ¿quiénes son?

—Los nombres no aclararían nada.

—Es cierto; pero ¿de dónde vienen?

—Tampoco sabría usted determinar el sitio. Lo que puedo decirle es que mi pueblo domina a muchas humanidades como la suya. Sólo así ha sido posible construir naves, bajo nuestros dictados, ya que nosotros no poseemos un organismo que podamos aplicar a nada.

—Lo supongo. Su actual aspecto lo obtuvieron por reflexión. ¿No es cierto?

—Así es. Veo que ha descubierto nuestra estratagema. Siendo cristalinos, podemos adoptar las formas que queramos aunque, en realidad, no se trata, para los que nos ven, más que de una ilusión óptica.

—Comprendo.

Hubo un silencio.

Wilke y el «crisaloide» se miraban como dos enemigos frente a frente, como dos concepciones distintas del universo que se encontrasen en lo que el profesor había llamado con justeza de apreciación: «encrucijada cósmica».

—Ustedes —dijo Wilke poco después— no podían, por falta de manos, llegar a dominarnos en una lucha abierta. Eran incapaces de manejar armas o aparatos para destruirnos. Por eso pensaron en utilizar otro medio indirecto. ¿No es cierto?

—Lo es. Incluso no podemos manejar esta nave y fue merced a los aparatos automáticos que lleva como pudimos introducirla debajo de la casa. Nuestros jefes nos enviaron aquí y no podemos movernos de este planeta hasta que esté completamente dominado por las hormigas. Sólo entonces comunicaremos con los nuestros y éstos enviarán más naves con hombres autómatas para acabar con los insectos y abrir el camino para la dominación de la Tierra.

—Muy interesante. ¿Utilizaron siempre las hormigas en las otras aventuras de conquista?

—Siempre. Ellas existen en todos los planetas donde hay hombres. En realidad, hombres y hormigas, desde el principio de los tiempos, han luchado por la supremacía del mundo en el que se hallaban juntos. Por desgracia, el destino cósmico de las hormigas parecía limitado siempre por la cubierta de quitina qué impedía el crecimiento de su portentoso cerebro. Pero nosotros las hemos utilizado para destruir a sus adversarios de todos los tiempos. Igual hicimos aquí.

—Pero ustedes poseen los medios de destruirlas, ¿verdad?

—Nada más sencillo.

—Es lo que queremos que nos den.

Hulter sonrió de nuevo.

—¿No les parece una pretensión estúpida?

—No. Porque ustedes no quieren ser destrozados.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque nuestra naturaleza no conoce la muerte. Puede usted reducirnos a pedazos. Ya sabe, por las leyes de la cristalografía, que podría reducirnos a otros cristales, incluso microscópicos, que seguirían estando vivos.

—Es verdad.

—Por lo tanto, nada hay que hacer en lo que desean. Una raza como la suya, llena de defectos, debe ser destruida: ése es su destino.

—Lo dudo.

—¿Puedo saber qué espera para dudar de lo que le digo?

Wilke dijo:

—Muy sencillo. Usted no ha medido bien las facultades de la especie humana. Verdad es que estamos cargados de defectos y que, en pura lógica cósmica, parece imposible que seres tan débiles como nosotros puedan haber llegado a convertirse en los dueños de un planeta habitado por otras criaturas mucho más resistentes que nosotros. Pero es así. Y hay algo muy importante que ustedes parecen ignorar. Siendo nuestra vida muy corta y llena de peligros, paradójicamente, el hombre siempre está dispuesto a darla por una causa común. Ustedes, por el contrario, considerándose inmortales, son más egoístas y tiemblan sólo al pensar que pueden dejar de vivir.

—¡Es que no dejaremos nunca de vivir!

—Se equivocan. Es cierto que su naturaleza cristalina les protege; pero todo tiene un límite.

—¿Cuál?

—Voy a demostrárselo, haciendo una pequeña experiencia con uno de sus compañeros. ¡Apunta a ese de la izquierda, Lothar!

—Bien, señor.

—Baja un poco más el aparato y lanza un chorro.

Hiller obedeció.

No se oyó nada, por el momento; pero el «hombre» apuntado por el aparato lanzó, instantes después, un alarido desgarrador.

—¡Basta, Lothar!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Charles miraba a su amigo que había caído de rodillas.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado?

Wilke sonrió.

—Muy sencillo —dijo, con voz tranquila—. Usted tenía toda la razón al afirmar que se puede destrozar un cristal sin por eso descomponer su estructura íntima. Pero había olvidado que existe un arma poderosa; ultrasonidos, que son los únicos capaces de romper la armonía molecular de los cristales, reduciéndolos a polvo desorganizado…, ¡matándolos, en una palabra!

Todos sabían que la expresión de horror e incluso la palidez que cubría el rostro de Charles no era más que apariencia, pero allí estaba la muestra de su miedo.

Miró, suplicante, a Wilke:

—¡No haga funcionar más ese aparato! ¡Se lo suplico!

—¿Y la fórmula para acabar con las hormigas?

—¡Se la daré! Tome nota…

—¡Hazlo, Hiller! Dame el aparato.

El otro obedeció y el «cristaloide» dictó una fórmula complicada, pero perfectamente comprensible para el profesor.

—¿Cómo actúa esto? —inquirió, cuando hubo terminado de escribir.

—Es un preparado que produce una alucinación terrorífica. Como las hormigas poseen un alma colectiva, la alucinación se produce al mismo tiempo en todas ellas. Llenas de terror, buscan refugio y se esconden, sin moverse, pudiendo así ser destruidas

fácilmente.

—Comprendo.

Una nueva pausa.

Luego Wilke, con voz firme, dijo:

—Ustedes han cumplido su palabra y nosotros cumpliremos la nuestra, aunque mi deseo sería destruirlos ahora mismo por todo el mal que han causado.

—¡No lo haga, por favor!

—No lo haré. Pero tienen que abandonar la Tierra ahora mismo y prometer no volver nunca más. Más tarde, cuando el hombre salga definitivamente al espacio, procuren dejar libres las humanidades que han sometido. Porque si llegamos a un mundo donde los de nuestra especie estén esclavizados por ustedes… ¡no habrá piedad alguna! Y nuestros ultrasonidos terminarán con todos los cristaloides que encontremos.

—No tema. Hablaré con nuestros jefes y les haré comprender lo que me ha dicho. Liberaremos a los hombres.

—Será mejor para ustedes. Ahora vamos a salir de la nave y esperaremos que se vayan. Si no lo hacen, de aquí a una hora les destruiremos.

—¡Nos iremos!

—Vamos.

Abandonaron la nave y Wilke dio órdenes a su ayudante para que volviese inmediatamente a Washington a fin de preparar grandes cantidades de aquella sustancia que debería ser lanzada, simplemente, sobre cualquier zona ocupada por las hormigas, ya que sus efectos se extenderían instantáneamente a todos los insectos.

No pasó la hora concedida por el profesor y la nave, con un poderoso rugido, escapó hacia el espacio, despidiendo al hacerlo los trozos de la granja que se esparcieron por doquier.

Wilke miró la estela luminosa del astronavío que se alejaba.

—Creo que hemos obtenido una gran victoria. De haberlos destruido, no llevarían al espacio el mensaje de nuestro poder y nuestra decisión. Ellos nos despreciaban; pero, en el fondo, son cobardes porque aman exageradamente la larga vida de que disfrutan y que, comparada con la nuestra, puede llamarse eterna. ¡Dios quiera que nuestro mensaje devuelva la libertad a los que

sufren bajo la esclavitud de esos extraños seres!

EPÍLOGO

El coche corría bordeando el mar. Era un descapotable y la brisa sacudía los cabellos de la muchacha, haciéndolos escapar del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

Sonreía.

Al volante, Alan también sonreía, viendo desfilar rápidamente el paisaje que parecía estar empapado en el olor salobre del mar.

—¡No corras tanto! —suplicó ella.

Y él disminuyó la velocidad hasta frenar del todo poco después, en una plataforma que la carretera formaba junto a una especie de mirador que caía a pico sobre el mar.

Bajaron, cogidos de la mano, y fueron hacia la barandilla.

—¿Bonito, eh?

—¡Maravilloso! —replicó ella.

—Todo es así a tu lado, Pat. Suerte que el doctor Olson se ocupó de nosotros antes que de nadie. Porque tiene trabajo para varios meses, antes de que opere a todos los desdichados que, como nosotros, estuvimos convertidos en autómatas.

—¡No hables más de eso!

—Tienes razón, querida. Ha sido como una horrible pesadilla que hay que olvidar lo más pronto posible.

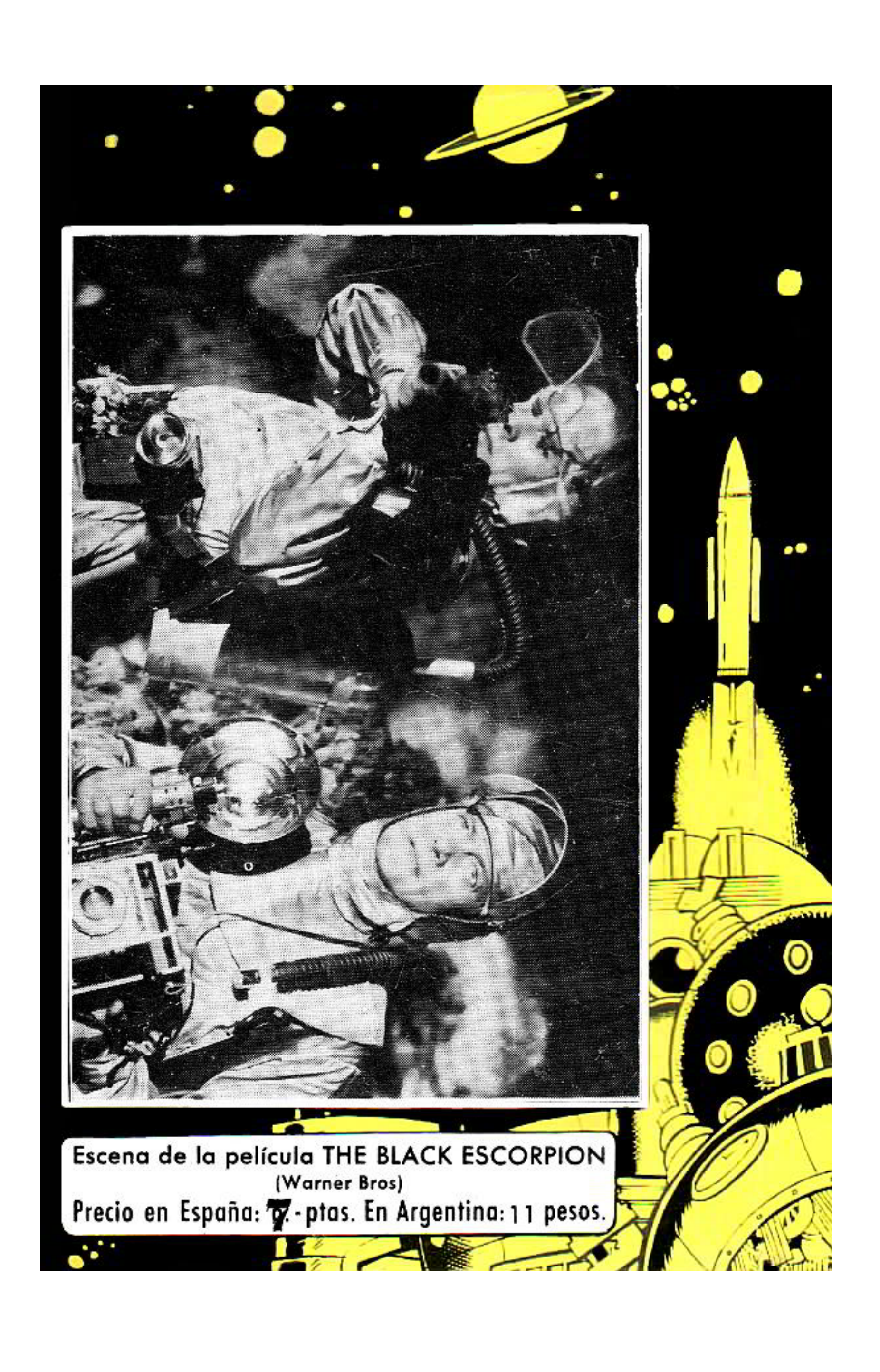
Fue entonces cuando Alan miró al suelo, viendo una hilera de hormigas que avanzaban hacia el hormiguero. Sin poderlo remediar, levantó el pie, dispuesto a aplastarlas.

Pero la muchacha, cogiéndole del brazo, le intimó:

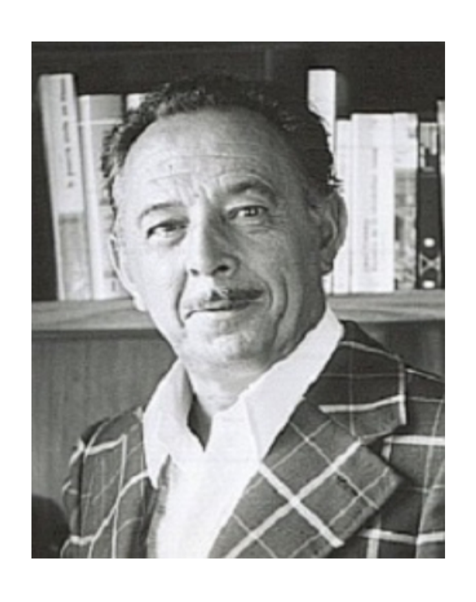
—¡No, Alan! ¡No les hagas daño! Comprendo todo lo que te hacen recordar. Pero éstas no son como aquéllas. El mundo fue hecho y lo que tenemos que hacer es respetar sus leyes. Hombres y hormigas, cada uno en su sitio, forman el universo. Pero si unos u

otras quieren salir de los moldes de su destino cósmico, la catástrofe aparece y el horror, el espanto y la pesadilla se convierten en triste realidad…





Escena de la película THE BLACK ESCORPION
(Warner Bros)
Precio en España: 7.- ptas. En Argentina: 11 pesos.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Todo lo anteriormente citado coincide con las ideas modernas de los psicólogos. Tanto las hormigas como las abejas deben poseer esa «alma colectiva» que coincide con la expresión alemana «Gestalt». Un Gestalt es, sencillamente, una agrupación de almas en la que el individuo es un átomo, una parte, mientras el Gestalt es el todo. Es como si un espíritu se hubiera repartido entre muchos individuos y que, naturalmente, las reacciones, los mandatos, la conciencia, escapase de lo particular, siendo el resultado, la suma de todos ellos. En su libro «MORE THAN HUMAN», Th. Sturgeon hace un maravilloso estudio de este caso, constituyendo uno de los relatos más completos de la moderna literatura de Ciencia y Ficción. < <